



SOR PATROCINIO, LA «MONJA DE LAS LLAGAS», CON ISABEL II, A LA QUE SERVIA DE CONSEJERA. (GRABADO INGLES DE LA EPOCA.)

Premio Lope de Vega 1975

“DE SAN PASCUAL A SAN GIL”

DOMINGO MIRAS

A Angelines, con amor y gratitud
por su amor y paciencia.

UNOS meses después de escribir «La Saturna», Sor Patrocinio me saltaba por dentro de la cabeza, convenciéndome progresivamente de que sus intrigas, milagros y travesuras podrían dar lugar a un texto teatral de gran agilidad, con mucho barroquismo y grandes posibilidades de expresión visual. Sor Patrocinio me tentaba como una odalisca de monacales tocas, mostrándome sus tratos con Dios y sus coqueteos con el Maligno, su poder político tejido desde el convento, sus piruetas místico-palaciegas y sus llagas sangrantes.

La religión, convertida en una simple superstición doméstica y pedestre para impresionar la

candidez de una reina, cuya lamentable educación la había dejado en una invalidez cultural prácticamente absoluta, no me pareció mal tema. Una degradación del poder deliberadamente provocada por el más irracional reaccionarismo, sin más objetivo que una autodefensa cerril contra imaginarios peligros del futuro, con el más total desprecio por la voluntad del pueblo y por el sentido común.

Como quiera que la vida mirífica y los milagros asombrosos de la Seráfica Madre ocupan de cabo a rabo todo el reinado de Isabel II, se imponía la elección entre la biografía lineal de mi dulce heroína, relatada a base de sucesivos sal-

tos cronológicos y con el inevitable descenso a segundo plano del medio histórico que la envolvía, o, por otra parte, la posibilidad de aislar un episodio concreto, una de las historietas que, engarzadas, componen la historia de aquel período. La primera opción me remitía a una técnica que ya había utilizado en mi texto anterior, y eso me inclinaba por la segunda. Además, ésta me permitiría profundizar en los hechos y, a la vez, aumentar la importancia de otros personajes, que equilibrarían así a la Monja de las Llagas, llegando incluso a despojarla del protagonismo absoluto que tenía cuando la idea se hallaba en un estado más embrionario.

Una vez decidida la separación de una de las perlas que componen el fastuoso collar de la historia patria entre 1843 y 1868, vino la cuestión de elegir a la más bella y el trance era difícil, porque todas ellas son de parecida hermosura. ¿El Gabinete Relámpago? ¿La Crisis del Rigo-

dón? ¿El Rey Tartana? Releí concienzudamente la cuarta serie de los «Episodios Nacionales» y el «Ruedo Ibérico», los libros de Historia que pude, los «Recuerdos de cinco lustros de Villalba Hervás» y no sé qué otras cosas. Cualquier acontecimiento podía servir de base argumental, lo grotesco y lo repugnante no faltaba en ninguno. Me decidí por la sublevación del cuartel de San Gil, porque, sin carecer de las anteriores notas, incluía otras de contenido trágico que, a mi juicio, enriquecerían el texto dramático.

Aunque he sido fiel a los hechos, no se trata de teatro-documento y, por tanto, la exposición no se hace con el objetivo rigor que cabe esperar de un tema histórico en una revista especializada. Se trata de una obra de teatro, y los acontecimientos, aunque no deformados, son la base y el pretexto para la acción dramática: en este sentido han sido tratados y en ese sentido deben entenderse.

PERSONAJES

EL MALIGNO, insolvente sujeto de pésimos antecedentes.

SOR PATROCINIO, la Monja de las Llagas.

CORO DE PROGRESISTAS, satélites del Malo.

UNA MONJITA, del convento de San Pascual.

CORO DE MONJITAS, cándidas vírgenes del mismo convento.

LA REINA, campechana y piadosa.

PERICO EL CIEGO, campechano e impío.

MARQUES DE SALAMANCA, poderoso financiero.

MARQUESA DE CAMPOVERDE, azafata de la Reina.

CORO DE CONTERTULIOS DE LA REINA, llamados la Camarilla.

PADRE CLARET, confesor de la Reina y contertulio del Rey.

CORO DE CONTERTULIOS DEL REY, también llamados la Camarilla.

EL REY, figura secundaria por ser sólo Consorte.

TENORIO, contertulio de la Reina.

MENESES, ídem del Rey.

PEZUELA, ídem de la Reina.

BELTRAN DE LIS, ídem del Rey.

CALONGE, ídem de la Reina.

OROVIO, ídem del Rey.

PRIM, general subversivo.

OLOZAGA, capitosté progresista.

SAGASTA, progresista y conspirador.

BECERRA, lo mismo.

CORO DEMOCRATA, conjunto de nobles patriotas.

CASTELAR, perverso demócrata.

PI Y MARGALL, lo mismo.

CRISTINO MARTOS, demócrata de lo peor.

RIVERO, de la misma cuerda.

UN LACAYO, fiel auxiliar de la autoridad y el orden.

O'DONNELL, duque de Tetuán, presidente del Gobierno.

CORO DE MINISTROS, expresión colectiva del poder ejecutivo.

CANOVAS, ministro de Ultramar.

MARQUES DE CUJAS, gentilhombre de Cámara.

ZAVALA, ministro de Marina.

POSADA HERRERA, ministro de Gobernación.

BERMUDEZ DE CASTRO, ministro de Estado.

ALONSO MARTINEZ, ministro de Hacienda.

CALDERON COLLANTES, ministro de Gracia y Justicia.

AGUILAR, ministro de Fomento.

GOYITO, un chuleta.

MARINO, jefe de la barricada.

LA EME, furcia de la ídem.

EL INDA, modesto revolucionario.

LA MENEOS, alter ego de La Eme.

EL TIO MARUENDA, maduro y experto.

EL EMPALMAO, un entusiasta de Prim.

EL AGUARDIENTE, revolucionario lacónico, pero buen guitarrista.

EL BURGUES, hombre cauto en su balcón.

LA MONJA POSTRADA, representante de la aflicción religiosa.

LA REINA POSTRADA, representante de la aflicción real.

CORO DE LA MASA, proterva horda democrática.

SERRANO, el General Bonito.

LA MUERTE, ordinario fin de todo lo nacido.

CORO DE LOS MUERTOS, educado y formal, aunque con sana alegría.

NARVAEZ, también llamado el Espadón de Loja.

UNA VOZ, que dirige fusilamientos, aunque con íntimo dolor presunto.

La acción, en Aranjuez y Madrid. La época: junio julio de 1866.

Primera parte

Colgada del cielo por un cordel, la luna preside los juegos nocturnos con su cara de pepona. Intrincado paisaje de tejados y tejadillos, buhardillas y chimeneas. La panzuda silueta de alguna menguada cúpula barroca y dos o tres torrecillas cuadradas y chatas rematadas en pirámide, acreditan que el referido panorama de techumbres corresponde y pertenece a la Villa y Corte de las Españas. Podría de cuando en cuando dejarse oír un maullido prolongado y melancólico, y hasta coro gatuno por todo lo alto, si fuere menester. Como es de rigor en las madrileñas noches de condenación, el Diablo salta por los tejados, rompiendo las tejas de las gentes honradas con sus patas pecadoras, y ayudándose en sus revoloteos con sus grandes alas de murciélago. Viste de chaqué y sus negros brazos sostienen y aprisionan el cuerpo de Sor Patrocínio, honestamente cubierto por un blanco camión recatado. La Monja de las Llagas lleva vendas en las manos y en los pies, y debate con energía. El Maligno la sujeta con sus manazas, sin andarse con pudorosos remilgos.

EL MALIGNO.—¡Lolita, que me tienes negro!

SOR PATROCINIO.—¡Devuélveme a mi convento!

EL MALIGNO.—¡Que son ya muchos milagros, Lolita! ¡Que son ya muchos milagros, y el Nuncio se va a poner de mala leche!

SOR PATROCINIO.—¡Devuélveme a mi convento, Salustiano! ¡Mira que no respondo! ¡Que de una bendición te pulverizo! ¡Te descoyunto y aplasto con una jaculatoria! ¡Hago el signo de la cruz y te descuerno!

EL MALIGNO.—¡Ingratitud incalificable! Encima que te saco a ver mundo y a darte un buen consejo!

SOR PATROCINIO.—¡Jesús! ¿Un buen consejo? ¡Jesús, Jesús y Jesús!

EL MALIGNO.—Cuidado con la lengua, niña, que te pongo el culo como una amapola.

SOR PATROCINIO.—¡Quita esa mano de ahí! Pero ¿por quién me has tomado? ¡Cerdo, cochino!

EL MALIGNO.—No te enfades, Lolita, que sucumbo. ¡Loquito me tienes!

SOR PATROCINIO.—(Languida.) No me llames Lolita, Salustiano. Ahora soy Patrocínio.

EL MALIGNO.—(Romántico.) Para mí serás siempre Lolita. El convento no existe.

SOR PATROCINIO.—(Reaccionando.) ¿Cómo que no existe? ¡Llévame a mi celda inmediatamente! ¡Y aparta esas manos, Tentador! ¡Apartalas, te digo!

EL MALIGNO.—Bendito sea Dios, qué poco dura lo bueno.

SOR PATROCINIO.—Como no me lleves al convento ahora mismo, ordeno al arcángel San Miguel que te corte las orejas.

EL MALIGNO.—Infulas no te faltan, no.

SOR PATROCINIO.—Ah, ¿no me crees? ¡Pues le haré que te meta su espada de fuego por debajo de tu abominable rabo! A ver si aprendes a respetar a quien vale más que tú.

EL MALIGNO.—¿Que tú vales más que yo? ¿Tú? Mira cómo me río: ¡Jo, jo, jo, jo!

SOR PATROCINIO.—(Dig-

na.) Si esperas que tu risa me enfade, es que no me conoces ni me has conocido nunca.

EL MALIGNO.—Perdóname, he sido un grosero.

SOR PATROCINIO.—Perdonado. Llévame al convento.

EL MALIGNO.—¿Es que no sabes decir otra cosa? ¡Hija, qué manía! ¡La noche es joven!

SOR PATROCINIO.—Para ti, que eres un golfo. Yo tengo que estar allí antes de maitines.

EL MALIGNO.—Haz rabona esta noche. (Seductor.) Escúchame, criatura seráfica: ¡yo te necesito!

SOR PATROCINIO.—Esa música me la sé de memoria.

EL MALIGNO.—Oye entonces a tu corazón, tierna Quiroga: ¡A mí también me necesita esta monjita serrana!

SOR PATROCINIO.—¡Apártate, Satanás!

EL MALIGNO.—¿No lo has pensado nunca, mirifica azucena? ¡Juntos somos una fuerza de gobierno! ¡Si unimos tus milagros y mi talento, nos hacemos los amos de la piel de toro!

SOR PATROCINIO.—¡Jesús, Jesús y Jesús! ¡Mis llagas y mis divinos favores, al servicio de Luzbel!

EL MALIGNO.—¡Al servicio del Progreso, pichona! ¡Estás desperdiciando de una manera lastimosa el poder político que mana de tus llagas! Los carlinos son una causa perdida, criatura: ¡el futuro de España es progresista!

SOR PATROCINIO.—¡El tiempo lo dirá!

(La fila de tubos que remataban las chimeneas se levanta

de improviso, resultando ser una batería de chisteras sobre las correspondientes cabecitas locas de pícaros progresistas que extienden sus negras capas forradas de rojo, hablando al unísono.)

CORO DE PROGRESISTAS.—¡Hazte progresista!
¡Ven a nuestros brazos!
¡Hazte progresista!

SOR PATROCINIO.—¡Aaay!
¡Toda la infernal caterva! ¡Jesús, Dios mío! ¡Cristo, ten piedad!

EL MALIGNO.—Piénsalo, Lolita: tus llagas y el Progreso cogidos de la mano pondrán a España a nivel europeo.

CORO.—(Bailotean con sus botines, rompiendo desvergonzadamente las tejas.)

¡Piénsalo, Lolita!
¡Usa el raciocinio!
¡Calcula, medita!
¡Piensa, Patrocinio!

SOR PATROCINIO.—(Escandalizadísima.) ¡No, no y no! ¡Muerta mil veces, antes que progresista!

EL MALIGNO.—¡Pero niña, no te obceques! ¡El Progreso es la luz de la razón, la tolerancia!...

SOR PATROCINIO.—¡Antes, muerta!

CORO.—La cultura, las ciencias...

SOR PATROCINIO.—¡Antes, muerta!

EL MALIGNO.—La justicia, la equidad...

SOR PATROCINIO.—¡Antes, muerta!

CORO.—La industria, el comercio...

SOR PATROCINIO.—¡Antes, muerta!

EL MALIGNO.—La riqueza, el bienestar...

SOR PATROCINIO.—¡Antes muerta!

CORO.—La educación, el estudio...

SOR PATROCINIO.—¡Antes, muerta!

EL MALIGNO.—(Grandilocuente.) ¡La libertad!

SOR PATROCINIO.—(Tendida boca abajo y tapándose los oídos.) ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta!

CORO.—(Bailoteando alrededor de la Sor.) ¡Libertad de pensamiento! ¡Libertad de prensa!

SOR PATROCINIO.— ¡Muerta y bajo tierra!

CORO.—(Mientras El Maligno se desanima a ojos vistas.) ¡Libertad de reunión! ¡Libertad de asociación!

SOR PATROCINIO.— ¡Muerta y putrefacta!

EL MALIGNO.—(Echándose a la Monja al hombro, de mal talante.) ¡Al convento, al convento!... No hay para qué cansarse, no nos traga a los burgueses, ¡no nos traga!... (Emprende el vuelo sobre la sala, abanicando a los pacientes espectadores con sus grandes alas.) ¡Qué cerrilismo! ¡Encastíllate en tu convento, a ver si el tiempo se para por estar parada tú, testaruda!

CORO.—(Dispersándose para desaparecer en un vuelo zapateado.) ¡Terca y testaruda, como mula de crecidas orejas y antojeras franciscanas! ¡Vaya un feo que nos ha hecho la seráfica! ¡Ha estado hasta grosera! ¡Señor, tonifica a tus palomos progresistas, para que nunca pierdan el compás de la elegancia! ¡Consolación, Señor! ¡Consolación y esperanza!

(Se sumen los progresistas en las tinieblas marginales, mientras el Maligno, terminando su satánico vuelo, se detiene y posa sobre un menguado tejadillo al que se abre una gran ventana casi al mismo nivel, alta y estrecha, dejando caer sentada a Sor Patrocinio sin la menor finura.)

EL MALIGNO.—¡Ahí tienes tu convento, alma medieval! ¡Cultiva tu pandilla de apóstólicos y buen provecho te haga! Si yo fuera como tú crees, me iría echando azufre y abrasándote viva, pero yo evoluciono, no soy como otros... ¡Adiós, Lolita: por más llagas que tengas y más milagros que hagas, nunca serás nadie! ¡Y España será progresista!

SOR PATROCINIO.—(Mientras el Maligno levanta el vuelo y se pierde en las tinieblas exteriores.) El tiempo, el tiempo lo dirá.

(Por la ventana que da al tejadillo se asoma una monjita, cuyo rostro es una blanca máscara de muñecota infantil con sonrisa tontorróna. Echa los brazos por alto.)

LA MONJITA.—¡Miren, miren vuestras Reverencias! ¡La bendita Madre está aquí, en el tejado! ¡Milagro!

CORO DE MONJITAS.—(Se agolpan tras la primera, todas con caretas iguales.) ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro!

SOR PATROCINIO.—(Mientras una monja sale fácilmente por la ventana para ir a ella.) Milagro y de los grandes, por la intercesión del Altísimo y de mi Santa Virgencita del Olvido, que tanto me ayuda.

CORO.—(Saliendo todas al tejado.) ¡Milagro, milagro divino! ¡Otro milagro de nuestra Madre Seráfica!

SOR PATROCINIO.—(Cuando ya están todas las monjas en el tejado.) No faltarán descreídos que lo nieguen, ¡no faltarán! Pero esta vez no les vale, que todas mis amadas hijas me han visto en este tejado y son testigos del milagro.

CORO.—¡Todas lo hemos visto! ¡Nuestra Santa en el tejado! ¡Milagro! ¡Milagro!

SOR PATROCINIO.—¿Sabéis, hijas queridísimas, quién me ha traído aquí? No, ¿verdad? ¡Yo os lo diré! ¡Ha sido el Príncipe de las Tinieblas! ¡Satanás!

CORO.—¡Aaaaaaahh!

SOR PATROCINIO.—¡Me llevó por los aires más alto que la Luna! ¡Desde aquellas alturas vi un estanque con patos!

CORO.—¡Oooohh!... ¡Milagro portentoso, inverosímil!

SOR PATROCINIO.—¡Me paseó por Aranjuez, y luego me transportó al Guadarrama, junto a un león de piedra!

CORO.—(En el colmo del éxtasis y la enajenación.) ¡Aaaaayy! ¡Un león de piedra! ¡Jesús!

SOR PATROCINIO.—(Erguida, en medio de las monjas postradas.) Allí me mostró la gran anchura de la española tierra, y toda me la ofreció si me postraba ante él y, adorándole, me hacía progresista.

CORO.—(Fulminado contra el suelo y retorciéndose dolorido.) ¡Uuuuaaaahh!... ¡Progresista, horror de horrores! ¡Ay!... ¡Ay qué asco, Jesús mío!

SOR PATROCINIO.—¡Eso, eso fue lo que dije! ¡Y con tales oraciones y tanta divina gracia, que dejé al Enemigo confundido, destrozado y consunto como si un escua-

drón de arcángeles le hubiesen molido las espaldas desde los cuernos a la punta del rabo! ¡Así quiso el Divino Jesús favorecerme, sin que yo lo mereciese!

CORO.—(Transfigurado de felicidad.) ¡Todo, todo se lo merece nuestra Madre Mirífica! ¡Estrella matutina! ¡Vencedora del Malo! ¡Ay, si no fuera pecado, cuánto nos gustaría! ¡Cuánto nos gustaría dar a Su Reverencia un beso!...

SOR PATROCINIO.—(Dulce.) Pues dádmelo, tontuelas.

CORO.—(Derritiéndose.) ¡Oooohh!...

(Las hermanitas del coro van besando a la Madre con pausa y con unción, al tiempo que le van poniendo el hábito concepcionista y recitan con tono de rezo.)

Santa Angélica Madre, reina
[del Santoral.]

Dulce para los buenos y
a m a r g a

[para el mal.]

Tiene las cinco llagas como
[don celestial,

y gobierna al Gobierno mien-
[tras lee su misal.]

(Entretanto, se ha hecho visible una sala o estancia del convento discretamente iluminada. Hay una mesa con confituras y, sentada ante ella en un sillón de elevado y magnífico respaldo, se abanica la Reina. Treinta y seis años tirando a mantecosos, remangadilla de nariz, amplio descote y peinado en bandós. Mira con interés a las monjas, sin que el último verso de la loa parezca molestarla. Ya vestida de hábito, Patrocinio se acerca a la Reina con el rostro melífluo y el ademán recogido. Las demás monjitas se colocan en fila, frente a ellas, a distancia prudencial. Los tejados ya no nos hacen falta, y pueden desaparecer.)

LA REINA.—(Sin levantarse, tiende las manos a Sor Patrocinio, con un gesto de entusiasmo.) ¡Gracias, gracias! ¡Tu Reina te da las gracias! ¡Qué bien lo has contado! (La Monja ha llegado junto a la Reina y le coge las manos como un galán tímido.) Después de las llagas, es tu milagro más grande, ¿verdad? Aunque has hecho tantos... Anda, siéntate.

SOR PATROCINIO.—No se lo creará Vuestra Majestad, pero de muchos ya ni me acuerdo... De éste sí, pero otros que hice por entonces, se me enredan en la memoria cuando me pongo a buscar en los recuerdos...

CORO.—(Canta, con leve bamboleo de caderas.)

Buscando en el baúl de los re-
[cuerdos, ¡uhú!...

SOR PATROCINIO.—(Al Coro, con suavidad.) ¡Ssst! ¡No seáis revoltosas!

LA REINA.—(Toda mieles.) Déjalas, mujer, si no molestan...

SOR PATROCINIO.—Son unas niñas... Le tienen preparada una sorpresita a Vuestra Majestad...

LA REINA.—(Encantada.) ¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa?

SOR PATROCINIO.—(Al Coro.) Andad tontas, ¿a qué esperaréis?

UNA MONJA.—(Después de recibir codazos de sus compañeras, se adelanta, muy nerviosa.) ¿Vuestra Majestad no va a tomar otra copita de Chinchón?

LA REINA.—¡Huy! ¡He bebido ya dos y me voy a poner piripi!... ¡Bueno, venga la tercera! (Levanta la copa, y la religiosa se la llena de una licorera que hay en la mesa.) Si me

viene la mona, Patrocínio me la espanta con una jaculatoria. (La monja hace una reverencia y se reintegra al Coro. La Reina se lleva la copa a los labios.)

CORO.—(Al beber la Reina, rompe a cantar, acompañando con dos palmadas las exclamaciones con que finaliza cada verso.) Una, dos y tres:

Una copichuela de Chinchón,
[¡plon, plon!
que la saboree Su Majestad,
[¡plan, plan!,
le ofrece de todo corazón,
[¡plon, plon!,
la comunidad de San Pascual,
[¡plan, plan!

(Distensión y risitas.)

LA REINA.—(Palmoteando, feliz.) ¡Bravo, bravo! ¡Muy bien, magnífico! ¡Pero qué barbaridad, si está muy bien! ¿Y lo han hecho ellas?

SOR PATROCINIO.—Siete días han estado las pobres, dale que dale para componer la letra...

LA REINA.—Pero tú les has ayudado, ¿a que sí? (La Monja de las llagas sonríe, bajando los ojos. Al Coro.) ¿A que os ha ayudado la Madre? Decid la verdad, ¿os ha ayudado?

CORO.—(Feliz, dando saltitos.) ¡La ha hecho ella, la ha hecho ella! ¡Ha estado siete días, dale que dale, preparando la sorpresa! ¡No lo dice por humildad!

LA REINA.—(Cogiendo con arrobo la muñeca de Sor Patrocínio.) Me lo he figurado en seguida... ¡Qué poetisa! La Ciega del Manzanares no vale nada a tu lado. En todo lo que pones la mano haces una maravilla... ¡Claro, es la Gracia Divina!

CORO.—¿La cantamos otra vez? ¿La cantamos otra vez?

LA REINA.—(Palmotea.) ¡Sí, sí, otra vez, otra!

SOR PATROCINIO.—No, no, ya no más. Como dijo el Santo Padre: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno.» (Las monjitas bajan la cabeza.)

LA REINA.—¡Qué envidia les tengo! Daría cualquier cosa por ser una de ellas. ¡Siempre a tu lado!...

SOR PATROCINIO.—Vuestra Majestad es la reina de España y nosotras sólo somos pobres siervas del Señor.

LA REINA.—(Mimosa.) Pero en vuestro convento de San Pascual sois muy felices y, en cambio, la pobre Reina no lo es.

SOR PATROCINIO.—(Acariciándola.) Dios Nuestro Señor ha hechado sobre los hombros de mi hijita la pesada carga de la realeza, aunque a mí, que la quiero tantísimo, se me parta el corazón de verla en esos trabajos.

LA REINA.—(Abrazándola.) ¡Pues ayúdame a llevarla! ¡No seas remolona, Patrocínio, que muchas veces me das los consejos con medias palabras, y me quedo en ayunas!

SOR PATROCINIO.—Esta pobre monja sólo puede aconsejar en la medida de su corto entendimiento. La inspiración verdadera viene de lo alto. (La Reina mira a las religiosas del Coro.) Vuestra Majestad quiere decirme algo. (Al Coro.) Hijas mías, salid al huerto a tomar el fresco, que está muy rico.

LA REINA.—(Antes de que el Coro salga.) ¡Las camisas! ¡Las camisas!

SOR PATROCINIO.—Ya se cuida de eso Sor Triunfo, no se preocupe Vuestra Majestad. (El Coro sale.)

LA REINA.—(Mientras se desvanecen las voces del Coro, que repite fuera la coplilla del Chinchón.) Creo que ya no podría dormir sin tener puesta la camisa que tú has llevado la noche antes. ¡Si por este medio me inspirara Dios para gobernar con sabiduría esta tierra de locos!

SOR PATROCINIO.—Las camisas, Señora, son una gran ayuda, pues mis grasas y sudores las impregnan y, con el calorillo de la cama, todo eso se licúa y traslada al cuerpo de Vuestra Majestad, aportándole las excrescencias y sobras de mi celestial sustancia. Son una gran ayuda para el buen gobierno las camisas, bendito sea Dios Nuestro Señor.

LA REINA.—(Besando una de las vendadas y enmitonadas manos de la Monja.) Y las llagas, Patrocínio, ¿te sangraron ayer?

SOR PATROCINIO.—(Dulce.) No, este miércoles, no. Sólo sangran algunos miércoles, no todos. Cuando sangran siempre es en viernes, en memoria de la pasión de Nuestro Señor...

LA REINA.—¡Ay, qué edificación! ¡Me conmuevo toda!... ¡Mañana sangrarán!

SOR PATROCINIO.—Sí, mi Reina, mañana...

LA REINA.—Mañana tú estarás con Dios, sangrando por tus llagas. (Sombria.) y yo tendré Consejo de Ministros...

SOR PATROCINIO.—(Perspicaz.) ¿Vuestra Majestad quería decirme alguna cosa..., algún escrupulillo de conciencia?

LA REINA.—(Que ahora se muestra muy preocupada.) Patrocínio, voy a hacerte una pregunta, pero tú no te enfa-

des. Me contestas sí o no, y tan amigas. (*Sor Patrocinio se pone en guardia.*) ¿De acuerdo?

SOR PATROCINIO.—(*Fría.*) Vuestra Majestad dirá.

LA REINA.—Hija, si te vas a poner así, no he dicho nada.

SOR PATROCINIO.—Esta monjita tiene puesta su vida a los pies de su Reina. Sólo tiene que tomarla Vuestra Majestad.

LA REINA.—Yo no te pido tu vida, lo que quiero es un consejo. (*Duda.*) Bueno, allá va: ¿A ti qué te parece? ¿Llamo a los progresistas? Contesta sí o no. (*Patrocinio se ha puesto rígida. Pausa.*) Vamos, mujer, que es para hoy...

SOR PATROCINIO.—Ya he dicho que mi vida está a los pies de la Señora. Ha dispuesto tomarla, y no me quejo. Mi vida y la de España...

LA REINA.—Pero ¿es que ya no te acuerdas de lo de Villarejo? ¡Pues está bien reciente! ¡Me juego la corona, Patrocinio! ¡El pillastre de Prim me la tiene jurada! El muy ingrato, qué poco se acuerda de que yo le salvé cuando vino de Méjico... ¡Que me tuve que torear la Constitución!...

SOR PATROCINIO.—Todo se lo debe a Vuestra Majestad, y le paga haciéndose progresista y conspirando continuamente contra el Altar y el Trono. ¡A un traidor semejante piensa entregar el poder!

LA REINA.—Y si lo agarra por las bravas, ¿qué? Son ya muchas intentonas y cada vez más fuertes, en la última por poco se lleva el gato al agua... Llamándole nosotros se le pueden poner condiciones, taparle la boca...

SOR PATROCINIO.—Vues-

tra Majestad es una niña. ¡Condiciones! ¡Tapar la boca a los progresistas!... ¿Qué más? ¿Qué más puede pretextar Poncio Pilatos?

LA REINA.—¡Que te estás pasando!

SOR PATROCINIO.—(*Se echa de rodillas, abrazando las piernas de la Reina.*) ¡Mándeme fusilar, Su Majestad! ¡Mande fusilar a su monjita! ¡Haga que maten a este perro fiel por prevenirla de sus enemigos!

LA REINA.—(*Compungida.*) ¡Ay, no te pongas dramática, que me da un soponcio! ¡Levanta de ese suelo!

SOR PATROCINIO.—(*Histérica.*) ¡Mándame fusilar, mándame al Cielo! ¡Mándame a que me postre ante la Virgen, a perderle piedad por la Reina de España! ¡Por la Reina que condena su alma, llamando a Satanás y entregándole el Reino!

LA REINA.—(*Que, no pudiendo levantar a la monja, se arrodilla a su vez y la abraza llorando.*) ¡No, no, no! ¡Eso no, Patrocinio! ¡No te pongas frenética, que me asustas! ¡Jesús, que patetismo por una tontería!

SOR PATROCINIO.—¡España progresista! ¡España endemoniada! ¡España convertida en feudo de Satán!

LA REINA.—¡No, no! ¡ay, qué disgusto, Señor!... Pero si yo sólo pensaba en una cosilla como el Gabinete Lersundi, que no te parecía mal...

SOR PATROCINIO.—¡Aaaayyy!... ¡Que no me parecía mal!... ¡Aquel pastelón indecente que quiso amasar la madre de Vuestra Majestad!...

LA REINA.—(*Se levanta algo mosca, apartándose un poqui-*

to.) ¡Te digo y te repito que te estás pasando, Patrocinio!

SOR PATROCINIO.—Y yo repito a Vuestra Majestad que me fusile.

LA REINA.—Fusilarte no, pero unos buenos azotes si te los daría a veces de buena gana.

SOR PATROCINIO.—Ya una vez me desterró Vuestra Majestad, y quebrantó mi pobre cuerpo con una enfermedad que nunca me ha dejado...

LA REINA.—Si tuvieras caridad no me lo recordarías...

SOR PATROCINIO.—Mi Reina tuvo corazón para creer aquella odiosa calumnia.

LA REINA.—(*Se acerca a Patrocinio, que sigue arrodillado, intentando abrazarla.*) ¡Fui una simple, Patrocinio, pero tú me has perdonado! ¡No sigas echándomelo a la cara! ¡Aquello está pasado y perdonado!

SOR PATROCINIO.—(*Se levanta, apartando a la Reina.*) Una pobre monjita es muy poca cosa, y el daño que se le hace es fácil de perdonar. Pero España es un reino muy grande, Majestad, y no sé si Dios perdonará a la pastora que piensa en perderle tantísimas ovejas entre los dientes de los lobos progresistas. Una persona vulgar sólo tiene que mirar por la salvación de su alma, pero la Reina tiene a su cargo las almas de todos los españoles.

LA REINA.—¡Lo sé, lo sé, Patrocinio!

SOR PATROCINIO.—Pues si lo sabe Vuestra Majestad, no necesito cansarla más.

LA REINA.—(*Levantándose.*) Está bien. no he dicho nada.

Seguiremos con el Duque de Tetuán, y quiera Dios que Prim no lo eche todo patas arriba, y por no querer el progresismo nos venga la democracia.

SOR PATROCINIO.—Confie Vuestra Majestad en el Duque y, sobre todo, en Dios Nuestro Señor. Si don Leopoldo O'Donnell hizo huir a Prim en Villarejo, lo mismo puede hacer la próxima vez que los diablillos progresistas asomen la oreja. Y no tema mi reina al fantasma de la democracia, que no podrá venir si no se deja entrar al satánico Progreso, que es su vanguardia.

LA REINA.—Amén. Me voy, Patrocinio, que tengo dos horas de tren hasta Madrid. Dame un beso.

SOR PATROCINIO.—(Besando a la Reina.) ¿Vendrá Vuestra Majestad la semana que viene?

LA REINA.—Sí, pero no sé qué día. Te mandaré recado. Y tú, escríbeme con la contraseña nueva. Reza mucho por mí, que tu Virgencita del Olvido te siga diciendo lo que podemos hacer por nuestra España. Adiós, adiós.

(Se pierde en la oscuridad, a cuyo límite la ha acompañado Sor Patrocinio. En otro lugar, se ilumina a un mendigo ciego, con sus negras gafas y «pintorescos» harapos, que toca la guitarra.)

PERICO EL CIEGO.—(Canta.)

Su Majestad y la Monja están juntas merendando, y les ponen banderillas a los toros de Guisando.

(Desaparece.)

(Vuelve la seráfica, cruza la zona de luz y entra en la oscuridad por la parte opuesta.

Desciende o se hace visible una reja que separa las tinieblas en que se ha ocultado la monja y la parte iluminada, a la que entra un caballero de cincuenta y cinco años y magnífico porte: don José de Salamanca, Marqués de Salamanca, viene a visitar a la mirífica Madre, que apenas es visible al otro lado de la precitada reja.)

SALAMANCA.—Ave María Purísima.

SOR PATROCINIO.—Sin pecado concebida.

SALAMANCA.—Soy el Marqués de Salamanca, ya se lo habrán dicho a Vuestra Maternidad...

SOR PATROCINIO.—Sí, ya me lo han dicho. Diga Su Excelencia en qué podemos servirle...

SALAMANCA.—Vuestra Maternidad no ignora que soy hombre de orden, ni que fui ministro de Hacienda con el Gabinete García Goyena... ¡Ejem!... En fin, mi mundo son las finanzas y por eso no me gustan las aventuras políticas..., pero esa es la cuestión, que los tiempos son malos... Los capitales necesitan un clima de confianza, para salir de sus agujeros, ¡je, je!... Sin confianza no hay créditos, baja la Bolsa...

SOR PATROCINIO.—Yo no entiendo nada de negocios, señor Marqués. Pero si la confianza es tan importante como dice, rece, rece mucho Su Excelencia... Yo también pediré al Divino Jesús que haya mucha confianza...

SALAMANCA.—¡Ay, Madre, cómo cambiaría la cosa con un toquecito en la política!... Estabilidad, seguridad, negocios... Un gabinete con dos o tres ministros progresistas, sería mano de santo...

SOR PATROCINIO.—(Con

voz dura.) Yo no intervengo en asuntos de política, señor de Salamanca.

SALAMANCA.—¡Ya, ya lo sé, naturalmente! Pero si Vuestra Reverencia hiciera alguna indicación a Su Majestad...

SOR PATROCINIO.—¡Le han informado mal! ¡Le repito que yo no intervengo en asuntos de política!... Rezaré, rezaré mucho, eso sí... Gracias por su generoso donativo, señor Marqués. Y rece también Su Excelencia, las oraciones son muy buenas para los negocios, buenísimas... Vaya con Dios...

CORO.—(Se le oye cantar.)

**Si rezas, los negocios te irán mejor.
Despluma, chupa, roba,
y rézale al Señor.**

(Oscuro. Las tinieblas obligan a los hipotéticos espectadores a comprender que lo que sigue se halla separado de lo visto por una ruptura de tiempo o de lugar, o quizá de ambos a dos. Al hacerse nuevamente visible el espacio escénico, resulta que sobre él se nos ofrecen dos escenas simultáneas e independientes. Una de ellas es la tertulia de la Reina y la otra la tertulia del Rey. Ambas están rodeadas por zonas oscuras, y es también oscuro el espacio que las separa. Huelga decir que en cada una de las tertulias no se oye lo que hablan en la otra.)

LA REINA.—¡Joroba con la seráfica, la tarde que me ha dado!

EL REY.—(Tiene voz algo aflautada.) ¡La seráfica Madre es angélica, celestial, divina!

CAMPOVERDE.—(Una vieja, contertulia de la Reina.) Vuestra Majestad se pondría revoltosilla y la enfadó. Pero es buenísima.

CORO DE CONTERTULIOS DE LA REINA.—¡Buenísima!...

PADRE CLARET.—(*Roja sotana arzobispal. Acento catalán. Contertulio del Rey.*) Quizá Vuestra Majestad ignora un milagro suyo poco conocido que se repite todos los años: el día de la Circuncisión del Señor, ella siente en su divino cuerpo el mismo dolor que sufrió el Niño Jesús.

CORO DE CONTERTULIOS DEL REY.—¡Oooh!... ¡Santa, santísima Madre!...

LA REINA.—¡Pues a mí que no me haga esas escenas, que no se lo paso! ¡Una y no más, Santo Tomás!

EL REY.—¡Me pasaría la vida junto a ella!

LA REINA.—¡Yo no soy el calzonazos de Paco!

EL REY.—¡Yo la comprendo mejor que Isabelita!

AMBOS COROS.—¡Hay que saber tratarla, es una Santa!

TENORIO.—(*Bello joven, contertulio de la Reina.*) Don Francisco la lleva con mucha mano izquierda.

MENESES.—(*Idem, contertulio del Rey.*) Y también la Señora la quiere con locura...

LA REINA.—¡Don Francisco es un lila!

EL REY.—La Señora es un poco inconsciente. ¿Sabéis que muchas noches se acuesta sin rezar?

CORO DEL REY.—¡Jesús!

LA REINA.—¿Sabéis lo que reza Paco si se acuesta conmigo? Se arrodilla, y dice:

Señor, no es por vicio
ni es por fornicio,
es por traer hijos
para tu santo servicio.

CORO DE LA REINA.—(*Bea-*

tífico.) ¡Ah, pues eso está bien!
¡Muy bien!

(*Simultáneamente, un contertulio de la Reina y otro del Rey se levantan y salen de la tertulia. Andan por la oscuridad como sombras, se cruzan y van a la tertulia contraria, secretan al oído de sus respectivos anfitriones y se vuelven después.*)

EL REY.—(*Aún no ha recibido el chivatazo.*) Y no es que sea mala, pero ¡cuánto mejor para la Patria, la causa de mi tío!

LA REINA.—(*Aún sin noticias.*) ¡Y encima el botarate pretende gobernar! (*Recibe el aviso.*) ¡Y dice en su camarilla que yo no rezo!

EL REY.—(*Recibe el secreteo.*) ¡Y dice en su camarilla que soy un lila!

AMBOS COROS.—(*Reprobadores.*) ¡Ah, pues eso está muy mal! ¡Muy mal!

PEZUELA.—(*Contertulio de la Reina.*) haya paz, no crezca la cizaña en la regia familia...

BELTRAN DE LIS.—(*Contertulio del Rey.*) Haya paz, no crezca la cizaña en la regia familia...

CALONGE.—(*Contertulio de la Reina. Cambiando la conversación.*) Dicen que don Juan Prim está en Hendaya...

OROVIO.—(*Contertulio del Rey.*) ¿Ha tomado el Gobierno medidas al respecto? Porque Prim en Hendaya es para estar alerta...

LA REINA.—Y O'Donnell tan tranquilo, leyendo folletines...

EL REY.—No parece que el Duque de Tetuán haya adoptado medidas especiales...

CAMPOVERDE.—O'Donnell es seguro, aunque quizá Narváez...

PADRE CLARET.—Habrá que ir pensando ya en Narváez. Es un hombre que, en ciertas circunstancias, tiene el pulso más firme.

AMBOS COROS.—¡Narváez!...

LA REINA.—¡El Espadón!

CORO DE LA REINA.—¡El Espadón!

EL REY.—(*Al Padre Claret.*) Sí, Ilustrísima, ése es el hombre...

LA REINA.—Perico el Ciego cantaba por las tabernas una copla cuando Narváez era presidente del Gobierno... (*Canta.*):

En Londres está Victoria,
En París, Napoleón,
Y aquí está la Patrocinio,
El Claret y el Espadón.

CORO DE LA REINA.—(*Escandalizado.*) ¡Jesús! ¡Pero qué cosas tiene Vuestra Majestad! ¡Coplas subversivas de taberna!

LA REINA.—¡Coplas de taberna! Yo soy una Reina popular, ¿no? ¡Pues canto las cosas del pueblo! Cuando venga Prim y nos eche patas arriba, yo seré la primera demócrata.

CORO DE LA REINA.—¡Jesús, María y José!

EL REY.—Si Prim llegase al poder, la democracia sería un hecho. ¡No quiero ni pensarlo!

PADRE CLARET.—¡Todos los males que caigan sobre esta infeliz nación estarán bien merecidos! ¡El reconocimiento del llamado Reino de Italia ha sido un gran pecado! ¡Un grandísimo pecado de gobierno! Y ahora se cierne el castigo... ¡El fantasma de la democracia!

CORO DEL REY.—¡Jesús, María y José!

LA REINA.—(Con creciente desgarró.) ¡Pues venga democracia! ¡Se lo he querido advertir a Patrocínio y no me ha hecho caso!

EL REY.—La seráfica Madre hará un milagro y salvará a España...

LA REINA.—¡A ver qué hace con sus llagas cuando venga esa gente!

CORO DE LA REINA.—¡Majestad, por compasión!

EL REY.—Porque sino lo hace... ¡No quiero ni pensarlo!

CORO DEL REY.—¡Majestad, por compasión!

LA REINA.—¡Viva la democracia!

CORO DE LA REINA.—¡Aaaayyy!...

PADRE CLARET.—Oración y palo, mucha oración y mucho palo. Así hay que gobernar a España.

EL REY.—Hay que convencer a Isabelita para que llame a Narváez.

CAMPOVERDE.—(Atrevidilla.) Vuestra Majestad no debiera beber tanto Chinchón.

LA REINA.—Oye, Jacoba, ¿me estás llamando borracha?

CAMPOVERDE.—¡Jesús, Dios mío! ¡Jesús, Jesús! A los ¡he dicho yo eso?

CORO DE LA REINA.—(Con cierto guirigay.) ¡No, no! ¡De ninguna manera! ¡Pero no diga esas cosas Vuestra Majestad! ¡Qué horror! ¡Democracia, no! ¡Democracia, qué horror! ¡No, democracia no!...

LA REINA.—(Canta fuerte, ahogando las voces del Coro, mientras marcha y mueve los brazos a compás.)

¡Allons enfants de la patrie!
¡Le jour de gloire est arrivé!

(Consternación. La Campoverde se dirige, rauda, a la tertulia del Rey, a dar la triste nueva.)

Contre nous de la tyrannie
L'étendart sanglant est levé...

(La Campoverde ha dado el chivatazo. Análoga consternación en la tertulia del Rey.)

L'étendart sanglant est levé
Entendez vous dans la cham-

[pagne
Mugir ces feroces soldats...

(Los contertulios de la Reina han ido cogiendo unas velas o candelillas pequeñísimas, que sólo son un punto de luz, y van saliendo con ellas, como una procesión de luciérnagas.)

Ils vient pour dans nos bras
Egorger nos fils et nos com-
[pagnes...

(Salen los últimos contertulios. La Reina les grita.)

LA REINA.—¿No os gusta «La Marselleise»? ¿Os canto el himno de Riego? ¡También me lo sé!

(Sigue cantando, pero con deplorable debilidad. Se diría que tiene miedo de estar sola.)

¡Aux armes, citoyens!
¡Formez vos bataillons!
¡Marchons... marchons...
Temblando.
¡Jacoba! ¡Jacobita! ¿Dónde estáis?

(Los contertulios del Rey mismo tienen también candelillas y ambas tertulias, reunidas, son un conglomerado de estrellas que se agitan, mueven y mezclan por un lado, mientras por el otro la Reina, sola, siente que la angustia le llena el abundante pecho.)

CORO DE LUCECILLAS.—(Sus voces son un susurro.) ¡«La Marselleise»!

¡Cantaba «La Marselleise»!
¡Está perdida, perdida! ¡Está condenada!

LA REINA.—¡Jacoba, dónde te has metido! (Silencio.)

CORO.—(Rompe otra vez en cuchicheos.) ¡Irá al Infierno! ¡Al Infierno! ¡Está condenada! ¡Ha cantado «La Marselleise»! ¡Condenada! ¡Condenada! ¡Infierno! (cada vez más bajo.) ¡Condenada! ¡Condenada!...

(Las lucecitas se van ordenando formando una fila, hacia el fondo. Silencio o, tal vez, música terrorífica. Crece y crece la congoja de la Reina.)

LA REINA.—(Con un hilo de voz, y a punto de llorar.) ¿Por qué os habéis ido? Si era una broma... ¡Jacobita!

SOR PATROCINIO.—(Apareciéndose con un gran grito.) ¡Aaaaahh!

(La pobre Reina se lleva un susto terrible. Se vuelve y, al ver a Sor Patrocínio, grita histéricamente. La cosa no es para menos, porque, en esta repentina aparición, la monja de las Llagas hace honor a su apodo: carece de vendas, y muestra las palmas de las manos chorreando sangre, lo mismo que los pies descalzos. También bajo sus tocas sangran las llagas de las espinas cubriéndole de sangre el rostro, y tiene la pechera empapada por la que le sale del costado. Recientemente iluminada, tiene los brazos en cruz, la boca abierta y los ojos desorbitados. La Reina cae al suelo, fulminada por la terrible visión.)

LA REINA.—¡Aaaaahh!... ¡Aaaayyy!... ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!...

SOR PATROCINIO.—Sin moverse en todo el tiempo. Con voz terrible.) ¡No! ¡No hay perdón! ¡No hay perdón para

ti! ¡No hay perdón para el pastor que pierde a sus ovejas! ¡No hay perdón para quien crucifica al Divino Cordero!

LA REINA.—¡Aaaahh!... ¡Ay, si era una broma, si era sólo una broma!...

SOR PATROCINIO.—¡No hay perdón para quien se revuelve contra el Cielo! ¡No hay perdón para quien apedrea a los profetas del Señor!

LA REINA.—¡Ay, Dios mío, Dios mío, qué he hecho yo!... ¡Pero si era jugando!...

SOR PATROCINIO.—¡Jugando, Jesús mío, jugando! ¡Jugando te pusieron tu corona de espinas! ¡Jugando te pusieron la caña y el manto de púrpura!

LA REINA.—¡Aaaay!...

SOR PATROCINIO.—(Si-gue.) ¡Jugando te escupieron y te abofetearon, dulce Jesús!

LA REINA.—(Más fuerte.) ¡Aaaay!...

SOR PATROCINIO.—¡Estás condenada! ¡Pertenece a Satanás!

LA REINA.—¡Nooo!... ¡Ay, nooo!...

SOR PATROCINIO.—¡Arde-rás en el Infierno! ¡Has condenado tu alma! ¡La has condenado!

LA REINA.—¡Aaaay!...

(Se oye la voz bronca del Padre Claret y la chillona de la marquesa de Campoverde, que se aproximan. La Reina, boca abajo, no se atreve a mirar.)

PADRE CLARET.—¡Veamos qué le ocurre a Su Majestad! ¡Será algún trastornillo del Chinchón!

CAMPOVERDE.—¡Seguro, seguro que ha sido el Chinchón! En San Pascual le die-

ron las monjitas y luego, con esta calina, se ha tomado tres palomitas o cuatro. ¡Eso sin contar el copeteo suelto ni el vino de la cena!

PADRE CLARET.—¡Lo que yo digo! ¡Un extravío sin importancia!... (Aparece en escena, y se acerca a la Reina.) ¿Qué es eso, Majestad? ¿Qué gritos eran esos?

LA REINA.—(Que sigue sin mirar, tapándose la cabeza con los brazos) ¡Patrocinio! ¡Un milagro! ¡Patrocinio!

PADRE CLARET.—¿Milagro? ¿Patrocinio? No entiendo a Vuestra Majestad...

LA REINA.—¡Patrocinio! ¡Está ahí Patrocinio!

PADRE CLARET.—¿Dónde? Aquí no hay nadie más que nosotros...

LA REINA.—¡Ahí, ahí está! (Se descubre para señalar, y la ve.) ¡Aaaahh!... (Se tapa de nuevo.)

PADRE CLARET.—Yo no tengo la dicha de ver a nuestra Santa... Sin duda, Dios ha dispuesto que sólo Vuestra Majestad goce de su beatífica visión... (Se acerca a la Reina y la cubre con su manto. Hace señas a Sor Patrocinio de que se vaya. Sale la Campoverde al encuentro de la monja, y las dos se pierden juntas en la oscuridad, en silencio y con premura. Pausa.) Señora, si el Omnipotente ha permitido este prodigio, no habrá sido a humo de pajas: algún motivo habrá. ¿Qué dice Vuestra Majestad?

LA REINA.—(Rompiendo a llorar, en distensión.) ¡Ay, he hecho un pecado! ¡Un pecado muy grande, estoy condenada!...

PADRE CLARET.—(Bonachón.) ¡Un pecado!... ¡Eso

está previsto por la Divina Providencia, hija mía!... ¡El santo tribunal de la penitencia es un don inestimable!... (Se dirige al sillón que ocupaba la Reina en la tertulia.) Vamos, vamos a despachar eso en un periquete... (Se acomoda en el sillón. Algunas sillas de la tertulia están volcadas. La Reina sigue en el suelo llorando, aunque mucho más tranquila.) Ven, cierva herida, acércate a la dulce fuente del perdón y la salud... (La Reina lloriquea, y no se acerca.) Ven, ovejilla mía, ven a pacer en las frescas praderas del Señor... (La Reina hace pucheritos, y no va. El Padre Claret saca a relucir su vozarrón de arriero.) ¡Que venga he dicho!

LA REINA.—(Intimidada, arrodillándose a los pies de Claret.) Sí, sí... Ave Maria Purísima.

PADRE CLARET.—Sin pecado concebida. A Vuestra Majestad hay que llevarla con caricias en una mano y con la correa en la otra...

LA REINA.—Sí, si es verdad. Ha dado en el clavo Vuestra Ilustrísima...

(Las lucecillas, que comenzaron a moverse suavemente tras la salida de Sor Patrocinio, lo han ido haciendo hasta formar una cruz sobre el oscuro fondo.)

PADRE CLARET.—Vamos a ver, vamos a ver cuál ha sido ese pecadillo...

LA REINA.—¡Ay!...

PADRE CLARET.—Vergonzosilla, vergonzosilla... ¡Si yo tengo un pajarito que me lo dice todo! A ver, a ver... Vuestra Majestad ha cantado cosas feas, ¿a que sí?

LA REINA.—¡«La Marselleise», es verdad!

PADRE CLARET.—«La

Marse...» Bueno, eso. Lo que sea. ¡Un himno de la revolución! ¡Muy bonito! ¿Y dónde lo aprendió Vuestra Majestad? ¡Porque eso es lo más grave!

LA REINA.—Me lo enseñó Espartero, siendo yo una cría...

PADRE CLARET.—¡Espartero! (*Más fuerte.*) ¡Espartero! ¡El tenía que ser! ¡El azote de Dios! ¡El príncipe del progresismo, y con eso está dicho todo!

LA REINA.—Estoy arrepentida, no lo haré más...

PADRE CLARET.—(*Que sigue pensando en Espartero.*) ¡Hijo de la gran...!

LA REINA.—¡Jesús!

PADRE CLARET.—Perdón, Majestad, perdón... Pierdo los estribos, ardo en santa ira...

LA REINA.—Vuestra Ilustrísima es un santo...

PADRE CLARET.—Bueno, bueno... ¿Y qué más? ¿No hay otra cosilla por ahí escondida?

LA REINA.—Pues no, me parece que no... que yo sepa...

PADRE CLARET.—Habrás que llamar otra vez al pajarito... A ver... (*Hace que escucha.*) Sí, sí, ya oigo, ya... ¿No habrá pensado mi palomita en llamar al poder a los progresistas? ¿Eh?

LA REINA.—(*Balbuces.*) ¿A los pro... progre...?

PADRE CLARET.—(*Impaciente.*) ¡Sí, a los progresistas, a los progresistas! ¿Ha pensado la Reina de España en semejante pecado?

LA REINA.—(*Disculpándose.*) No, pero no era eso... Yo pensaba en una coalición, un pastelillo... Dice el señor Ríos Rosas que...

PADRE CLARET.—(*La interrumpe, alzando brazos y voz al cielo.*) ¡Dice el señor Ríos Rosas! ¡Vaya por Dios! ¡Ríos Rosas! (*Más sereno.*) ¡No está mal! Y yo pregunto: ¿quién es el señor Ríos Rosas? ¿Es, tal vez, un virtuoso sacerdote? (*Silencio.*) ¿O quizá se mortifica en un convento para comunicarse con Dios? (*Silencio.*) Ya veo que Vuestra Majestad no dice nada. Ha bastado una simple pregunta para confundirla, ¿no es cierto? (*Silencio. Tono paternal.*) ¡Ay, Señor!... (*Dulzón.*) Mi Reina y Señora sabe que tiene consejeros más calificados que el señor Ríos Rosas, ¡que será un buen hombre, yo no le discuto su mérito!, pero que no está preparado para dirigir las conciencias, y mucho menos, la conciencia de Su Majestad Católica... Si quiere aconsejar a los reyes, que se vaya a Inglaterra con la reina Victoria, que, como es protestante, tiene el Infierno asegurado... Pero España es diferente, hijita, aquí somos otra cosa... ¿o no?

LA REINA.—Sí, Padre, sí...

PADRE CLARET.—(*Bondadoso.*) En fin, no se hable más. La... sugerencia de ese... caballero, sólo ha sido un mal pensamiento en el que mi corderilla no ha consentido, ¿verdad que no?

LA REINA.—¡No, no, no...!

PADRE CLARET.—Gobernar una nación católica es un problema de conciencia, y para la conciencia está el confesor. Y está también la Santa que Dios ha enviado a Vuestra Majestad, que poquitos reyes en la Historia han tenido esa suerte tan inmensa... ¡Una Santa para aconsejar, ahí es nada!... ¡Y esta tontuela escucha a Ríos Rosas! ¡Si dan ganas de reír! (*Ríe.*) ¿A vues-

tra Majestad no le dan ganas de reír?

LA REINA.—*Con la risa del conejo.*) Sí, sí...

PADRE CLARET.—Ea, pues ya está. No vamos a pensar más cositas feas, ¿verdad que no?

LA REINA.—¡Huy, no, no!...

PADRE CLARET.—Así me gusta. Ego te absolvo...

(Su voz se ahoga por las de los sostenedores de candelillas, que cantan.)

CORO:

**Perdón, ¡oh, Dios mío!
Perdón y clemencia
Perdón e indulgencia,
Perdón y piedad.
Pequé y mi alma
Sus culpas confiesa,
Mil veces me pesa,
De tanta maldad...**

(Se ha hecho el oscuro poco después de comenzar el canto. Cuando termina, o antes, un foco ilumina a Perico el Ciego, que rasguea su guitarra en un ángulo.)

PERICO EL CIEGO.—(*Canta.*)

**Le dijo a la Patrocinio,
a Patrocinio el Claret,
pícame bien a esa tonta
que yo la estoquearé.**

(Se apaga el foco y desaparece Perico. Vuelve la luz lo antes posible, y puede la historieta reanudarse mediante la aparición de una gran mesa rodeada de hermosas sillas y un sillón en presidencia. Hace su entrada la itinerante caterva progresista: todos muy elegantes con sus negros trajes y capas negrísimas, relucientes chisteras y esbeltos bastones. Don Juan Prim, que los capitanea, viste de general —que para eso lo es— y también lleva capa. Entran en fila, cantando y llevando el compás con los pasos de baile, jugando de pierna y bastón.)

(CORO DE PROGRESISTAS.—*(Canta.)*

Somos los progre-progre-pro-
[gresistas,
hijos legítimos de la razón
y aunque los «tontos útiles»
[nos llaman,
tenemos que hacer la revolu-
[ción.

Larala-lalalá-lara-la-la-la.

Larala-lalalá-lara-la-la...

Larala-lalalá-lara-la-la-la.

¡Libertad, libertad, liber-
[tad! ¡Chim-pón!

*(Se sientan en torno de la mesa,
con Prim en la presidencia.)*

PRIM.—*(Incorporándose en
plan de orador.)* ¡Caballeros,
creo que tengo bien probado
que a mí no se me arruga un
ombigo! ¡Cuando hay que
dar la cara, don Juan Prim es
el primero!

CORO.—¡Viva Prim! ¡Viva el
Soldado de Africa!

PRIM.—¡He dicho! Y ahora,
va a dirigirnos la palabra un
correligionario ilustre: ¡Don
Salustiano Olózaga! Ese
hombre inteligente que...

CORO.—*(Le interrumpe.)*
¡Todos somos inteligentes!
¡Todos somos inteligentes,
que para eso somos progre-
sistas!

OLOZAGA.—*(Se levanta
mientras Prim se sienta. Se pa-
rece terriblemente al Maligno
que paseó a Sor Patrocinio por
las techumbres.)* ¡Sí, todos
somos inteligentes! Por su-
puesto, que sí. ¡pero no basta
la inteligencia! Se precisan,
además, otros atributos...

CORO.—*(Le interrumpe.)* ¡Los
tenemos, los tenemos! ¡Los
tenemos muy bien puestos!...

OLOZAGA.—Me refiero a la
fidelidad, la disciplina, el
sentido del deber...

CORO.—¡Aaaaahh!...

OLOZAGA.—Todas esas vir-

tudes que os adornan, ¡y que
os han llevado a la victoria!
(Espectación.) Porque tengo
el honor de anunciaros... *(Vi-
brante)*; que la revolución es
un hecho!

CORO.—*(Entusiasmado.)*
¡Aaaaahh!

OLOZAGA.—¡O lo va a ser
muy pronto!

CORO.—*(Decepcionado.)*
¡Oooooohh!

OLOZAGA.—Al fin van a ser
barridos los obstáculos tradi-
cionales! ¡Se acabó la camari-
lla de beatas! ¡Se acabó Sor
Patrocinio!...

SAGASTA.—*(Interrumpién-
dole, burlón.)* ¡Pero, don Sa-
lustiano, que no se le cae la
Seráfica de la boca!

OLOZAGA.—*(Manos al cora-
zón.)* ¡Ay, amigo Práxedes,
amigo Práxedes! ¡Si usted la
hubiese conocido cuando era
Lolita!

CORO.—¡Eso hay que con-
tarlo! ¡Una historia sicalíptica!
¡Que la cuente, que la
cuente!

OLOZAGA.—Don Manuel
Becerra nos va a contar algo
mejor: ¡Los detalles de la re-
volución que se prepara!
¡Adelante, don Manuel!

CORO.—¡Bien! ¡Bien, por
Becerra! ¡Que hable, que ha-
ble!

BECERRA.—*(De pie, aca-
llando los aplausos con gestos
manuales.)* ¡Gracias, gracias,
queridos amigos! ¡Gracias!
Sólo estas dos palabras: ¡Te-
nemos artillería! *(clamores
entusiastas)*. ¡Esta vez la te-
nemos! Cuando demos la se-
ñal, ¡la artillería de San Gil se
echa a la calle! ¡Y la del Reti-
ro, lo mismo!

CORO.—¡Vivan los artille-
ros!

PRIM.—*(Subiéndose a la me-*

sa.) ¡Esos valientes están con
nosotros! ¡Y también la in-
fantería de los cuarteles de la
Montaña, Santa Isabel y San
Mateo! ¡Y las guarniciones de
Valladolid, Vitoria y San Se-
bastián! ¡Y la Guardia Civil
de San Martín y García Per-
mui! ¡Y los carabineros de
Pieltain! ¡Esta vez es un he-
cho!

CORO.—*(Subiéndose tam-
bién a la mesa.)* ¡Es un hecho!
¡Subimos! ¡Es un hecho! ¡Es-
calamos el poder! ¡Prim, li-
bertad! ¡Prim!...

*(Se interrumpen al ver entrar a
la turba democrática, com-
puesta por unos señores cin-
cuentones como mínimo, con
aspecto de doctos profesores o
probos funcionarios cariñosos
y tripudos, con chaqué marrón
o tal vez mac-ferlán, botines
blancos y sombrero hongo. En-
tran cantando y bailando,
como habían hecho los progre-
sistas, manejando el sombrero
en vez del bastón.)*

CORO DEMOCRATA.—
(Cantan.)

Somos el ala izquierda del
[Progreso.

Somos la Democracia Nacio-
nal.

Nos llaman «compañeros de
[viaje»,
pero no nos movemos del
[hogar.

Larala-lalalá-lara-lalala.
Larala-lalalá...

*(Se interrumpen, al ver a los
progresistas subidos en la
mesa y observándoles.)*

CORO DEMOCRATA.—
¡Hermanos progresistas!
¡Edificantes patriotas!

CORO PROGRESISTA.—
¡Amigos radicales del parti-
do!

CORO DEMOCRATA.—¡A
nuestros brazos!

CORO PROGRESISTA.—¡A

nuestros brazos! (*Saltan de la mesa.*)

CASTELAR.—(*Abrazando a Prim.*) ¡Ay, Prim! ¡Eres dulce, como la miel de las ilustres abejas del Himeto!

PRIM.—(*Correspondiendo.*) ¡Ay, Castelar, qué piquito de oro!

OLOZAGA.—(*A Prim, tras los abrazos generales.*) Mi general, ¿les cedemos la mesa a los amigos demócratas?

PI Y MARGALL.—¡No, no, de ninguna manera! ¡Es vuestra!...

PRIM.—¡Ni una palabra más! ¡La tenéis que utilizar! ¡He dicho!

CORO DEMOCRATA.—
¡Cómo sois, cómo sois!
¡Cuánta generosidad!

CORO PROGRESISTA.—
¡Baaah! ¿Somos hermanos, o no?

CORO DEMOCRATA.—
(*Disponiéndose a sentarse.*)
¡Hermanos del alma!

CORO PROGRESISTA.—
¡Acomodaos, acomodaos a vuestras anchas, que en vuestra casa estáis!

CORO DEMOCRATA.—
(*Sentándose.*) ¡Ay, qué gusto, poder sentarse un poquito! ¡Señor, qué martirologio!

CASTELAR.—¡Pronto darán fin nuestras angustias! ¡Nuestras carreras, en busca de escondrijos!

PI Y MARGALL.—¡La revolución viene! ¡Va a llegar!

CRISTINO MARTOS.—¡Ha llegado! ¡Es un hecho! ¡Todo está dispuesto, que lo cuente Rivero!

CORO DEMOCRATA.—¡Rivero, Rivero! ¡Que lo cuente, que lo cuente!

(*Los progresistas, que revolotean por las inmediaciones, se embozan y aproximan, escuchando.*)

RIVERO.—¡Sí, lo contaré! ¡Lo contaré con lágrimas de alegría y trémolos de emoción! ¡Correligionarios! ¡A la artillería de San Gil no la sublevarán los oficiales, sino los sargentos! ¡Gente nuestra!

CORO DEMOCRATA.—¡Vivan los sargentos de San Gil!

PRIM.—(*A los progresistas.*) ¿Es cierto eso?

BECERRA.—(*A Prim.*) No había otro remedio, mi general.

RIVERO.—¡La Junta Revolucionaria va a armar al pueblo y se formarán barricadas!

PRIM.—(*A Becerra.*) ¿También eso es verdad?

BECERRA.—¡Hay que aprovecharlo todo, mi general!

RIVERO.—¡Los progresistas son unos aliados leales! ¡La revolución será común!

CORO DEMOCRATA.—¡Vivan los progresistas! ¡Viva Prim!

PRIM.—(*A los progresistas.*) ¡No me gustan las turbas en desorden! ¡No me gustan las masas callejeras!

CORO PROGRESISTA.—(*A Prim.*) ¡El pueblo soberano, la piedad quebrada y en casa!

CORO DEMOCRATA.—(*En éxtasis patriótico.*) ¡Revolución común!

PRIM.—(*A los progresistas.*) Revolución común, pero dirigida por nosotros. Y luego, nosotros solos. ¡España no está preparada para la democracia!

CORO PROGRESISTA.—
¡Naturalmente! ¡La democracia, Dios mío! ¡Dónde

iríamos a parar! ¡Uuuuuhh!... ¡Progreso, progreso y nada más que progreso!... (*Cantan.*)

Ya viene el progreso con la
[revolución.
Queremos libre cambio y des-
[amortización.
Alégrate, pueblo, levanta el
[corazón,
vamos a cantar todos: ¡porón-
[porón-pon-pon!

(*Los demócratas se han levantado al comenzar a cantar los progresistas, y los miran mientras cantan y bailotean. Cuando han terminado, comienzan ellos.*)

CORO DEMOCRATA.—
(*Cantan.*)

Ya viene el sufragio, sufragio
[universal.
Queremos para el pueblo un-
[nuevo orden social.
Que no haya más hambrientos
[viviendo en un corral.
Vamos a cantar todos:
[¡parán-parán-pan-pan!

AMBOS COROS.—¡Uuuuuhh!
¡Uuuuuhh!... ¡Así no vamos a ninguna parte! ¡Necesitamos un programa común! ¡Un programa común! ¡Hay que elaborarlo! ¡El programa común!...

CORO PROGRESISTA.—(*A los demócratas, cantando.*)

Daremos libertad de pensamiento.

CORO DEMOCRATA.—(*Lo mismo, siguiendo la canción.*)

Daremos libertad para comer.

CORO PROGRESISTA.—
Daremos libertad dentro de un orden.

CORO DEMOCRATA.—
Daremos a las masas el poder.

AMBOS COROS.—¿Qué tal?
¿Hemos armonizado un programa coherente? *¿Han con-*

currido al fin nuestros criterios? ¡Ay, no está claro, no!

(Entra un lacayo con peluca y librea.)

LACAYO.—Pero ¿qué hace aquí toda esta gentuza? ¡Fuera, fuera, ahora mismo! ¡A la calle, rápido!

AMBOS COROS.—*(Mezclando sus voces.)* ¡Bueno, hombre bueno! ¡No hay que ponerse así! ¡Pues vaya un genio! ¡Esas no son maneras!...

LACAYO.—*(Sacándolos a empujones.)* ¡Despejen! ¡Fuera! ¡Fuera, he dicho!... *(Se ha quedado solo. Se estira la librea y se saca de debajo de ella un plumero que pasa delicadamente por la mesa.)* ¡Gentuza!... *(Manipula en el sillón que preside; desdobra y endereza algo que estaba oculto tras el respaldo, resultando así éste prolongado por una corona real. Toque de plumero. Se dirige al borde de la escena, mientras oculta su adminículo de limpieza. Se inclina ceremonioso.)* Majestad, el Consejo de Ministros está servido.

(Entra la Reina, seguida de los miembros de su Gabinete.)

LA REINA.—*(Al lacayo, sin mirarle.)* ¡Tú, largo! *(El lacayo hace una reverencia y sale. El Presidente del Gobierno ayuda a sentarse a la Reina y luego permanece en pie junto a su propia silla, igual que los señores ministros, esperando el real permiso para imitar a la Soberana.)* ¡Sentarse, señores!

(Se sientan los componentes del Consejo. A la derecha de Su Majestad, dobla su larga figura don Leopoldo O'Donnell, Presidente del Gobierno y Ministro de la Guerra. Al otro lado lo hace el Ministro de Estado, don Manuel Bermúdez de Castro. En otros lugares de la mesa se acomodan los restantes: don Antonio de Agui-

lar, Fomento; don José Posada Herrera, Gobernación; don Fernando Calderón Collantes, Gracia y Justicia; don Manuel Alonso Martínez, Hacienda; don Juan de Zavala, Marina; y don Antonio Cánovas del Castillo, Ultramar.)

LA REINA.—*(Cuando terminan los corrimientos de sillas.)* Bueno, pues vamos allá. A ver qué tenemos.

O'DONNELL.—*(Vacilante.)* El despacho ordinario es de trámite, Señora...

CORO DE MINISTROS.—¡La noticia, señor Presidente! ¡Señor Presidente! ¡Acuérdese! ¡La noticia!

LA REINA.—¿La noticia?

O'DONNELL.—Sí, Majestad, algo muy serio, muy grave... Una información de última hora..., desgraciadamente auténtica...

LA REINA.—Oye, oye, que me estás asustando. ¿Qué información es ésa, si se puede saber?

O'DONNELL.—Don Juan Prim está en Hendaya. ¡Fidedigno!

LA REINA.—¡Vaya noticia! ¡Hasta el último cochero lo sabe hace tres días!

CORO.—*(Consternado.)* ¡Dios mío, no puede ser!...

LA REINA.—¡Estáis buenos con vuestro telégrafo!

O'DONNELL.—Naturalmente, hemos esperado a que se confirmase... Señora, el conde de Reus junto a la frontera puede significar...

LA REINA.—Otro zafarrancho, claro. Se habrá estado cociendo en vuestras narices y vosotros ni idea... ¡Me tenéis contenta!

CORO.—*(Lloroso.)* ¡Ay, madre, que me veo en la calle!...

LA REINA.—No lloréis, ea, que no os estoy regañando... Si es natural...

CORO.—¡Ay, qué buena, qué buena es Su Majestad! ¡Es todo corazón!

O'DONNELL.—Debe haber guarniciones comprometidas, quizá en el Norte... Habrá que asegurarlas con urgencia y declarar el estado de sitio... Aquí traigo el decreto...

LA REINA.—Ya. Se da Prim una vueltecita por Hendaya y a declarar el estado de sitio. Y si luego no pasa nada, quedamos en ridículo.

CORO.—¡Ay, no, eso no! Si luego no pasa nada, será que el estado de sitio lo ha evitado...

O'DONNELL.—Si Vuestra Majestad piensa otra cosa...

LA REINA.—No, si yo no pienso nada... *(A Cánovas.)* Y tú, malagueño listo, ¿qué es lo que piensas?

CANOVAS.—Yo pienso en todo como Vuestra Majestad.

LA REINA.—¡Huy! ¡Pero si he dicho que no pienso nada!... Hijo, como listo ya eres, ¿eh? Más que Cardona...

(El marqués de Cujas, gentil-hombre de Cámara, asoma medio cuerpo, golpeando después con los nudillos.)

CUJAS.—¿Vuestra Majestad da su permiso?

LA REINA.—Pasa, hombre, pasa.

CUJAS.—*(Acercándose a la Reina con aplomo y empaque.)* Con permiso, señores. *(Le da un papelito doblado.)*

LA REINA.—*(Desdoblándolo.)* Dispensad un momento... *(lee).* Vamos, marqués. *(Se levanta. A los ministros, al irse.)* Me vais a perdonar, pero

tengo que irme. *(Agita el papel.)* Una cosa urgente.

O'DONNELL.—*(Levantándose, como todos.)* ¿Debemos esperar a Vuestra Majestad?

LA REINA.—*(Marchándose.)* ¡Huy, no sé! Haced lo que queráis! ¡Abur!

(Sale con Cujas. Los miembros del Gabinete quedan de pie y mohinos, mirándose los unos a los otros. O'Donnell desmiente su fama de flemático golpeando la mesa con su carpeta.)

CORO.—¡Adiós, Consejo!

O'DONNELL.—Esta Señora es... *(da el carpetazo.)*

CANOVAS.—Imposible.

(Los señores ministros forman corrillos.)

ZAVALA.—Pero ¿qué es lo que podía haber en el dichoso papelito?

CANOVAS.—*(Burlón.)* ¡Ssst! ¡Una orden!

ZAVALA.—¿Una orden?

POSADA HERRERA.—Anoche entró secretamente la monja en palacio, y no ha vuelto a salir.

BERMUDEZ DE CASTRO.—¡Y ha tenido que avisar a la Reina ahora, interrumpiendo el Consejo!

ALONSO MARTINEZ.—Me huele que lo que quería era interrumpirlo.

CANOVAS.—Y a mí también.

ALONSO MARTINEZ.—¿Verdad que sí, don Antonio? Nos la tiene jurada la seráfica. Ya nos habrá preparado el puntapié, y quiere que lo vayamos notando.

CORO.—¡Ay, ay, de nosotros! ¡En qué hora fuimos parides!

CALDERON COLLANTES.—*(A O'Donnell, que está aislado y taciturno.)* Está usted muy callado. No estará pensando en dimitir, ¿eh? ¡Eso nunca!

O'DONNELL.—¿Dimitir? ¡No, hombre, no! ¡Por estas cosas no se dimite!

CANOVAS.—*(Guasón.)* Pues en el cincuenta y seis dimitió usted porque la Señora no le concedió su primer baile. ¡Provocó la crisis!

O'DONNELL.—*(De mal humor.)* ¡Eso era muy distinto!

CANOVAS.—*(A los demás.)* Es que el señor Presidente es muy bailarín... *(Enlaza el talle de O'Donnell para bailar.)* ¡Larala-lá-lalá...!

O'DONNELL.—*(Rechazando al Ministro de Ultramar.)* ¡Canovas, que no estoy para bromas!

AGUILAR.—¿Y ahora, qué hacemos? ¿Nos vamos o nos quedamos?

O'DONNELL.—¡Pero qué mujer tan inconsciente! ¡Tiene una revolución detrás de la puerta y se va a que la monja le cuente un milagrito!

CANOVAS.—¿Qué hacemos, don Leopoldo? ¿Nos quedamos aquí o nos vamos cada mochuelo a su olivo?

O'DONNELL.—Esperaremos un rato, a ver qué pasa...

ALONSO MARTINEZ.—Mientras no pase Narváez a mandarnos a nuestra casa...

CANOVAS.—*(Subiéndose a la mesa.)* Para pasar el rato, me voy a marcar unos tanguillos, ¿hece?

CORO.—¡Ele!

O'DONNELL.—*(Volviéndose a él, iracundo.)* ¡Baje de ahí inmediatamente! ¿Pero qué es esto?

CANOVAS.—*(Bajando de la mesa.)* Bueno, hombre, bueno, tampoco es para tanto...

O'DONNELL.—¡Vaya un comportamiento! ¿Es que no se dan ustedes cuenta de quiénes son?

CORO.—*(Cantando. La misma música y juego que en la presentación de progresistas y demócratas.)*

Somos los ministros del Gabinete.
Somos los amos de la situación,
hasta que Sor Patrocinio decida
un reajuste en la Administración.
Larala-lalalá-lara-la-lalala...

O'DONNELL.—*(Interrumpiendo.)* ¡Exacto! ¡Pues a comportarse como ministros! Hale, vamos a la antesala a fumarnos un cigarro y descansar de nuestras fatigas...

(Se disponen a salir, preparando los puros. Se ilumina a Perico el Ciego, que canta con su guitarra. El Gobierno se detiene y escucha.)

PERICO EL CIEGO.—*(Canta.)*

Con la monja a la novena,
la Reina se ha ido a rezar.
El Gobierno está sin Reina
y no puede gobernar.
(Desaparece.)

O'DONNELL.—Pero ¿han oído ustedes? ¿Quién era ese hijo de su madre?

POSADA HERRERA.—Perico el Ciego, un bardo popular. ¡Un verdadero cronista!

CANOVAS.—Canta como un gallo. Narváez ya le hubiese machacado la cresta.

O'DONNELL.—*(Otra vez con la murria.)* Yo no soy Narváez...

AGUILAR.—Ea, don Leopoldo, levante ese ánimo.

O'DONNELL.—Con esta Señora no se puede gobernar...

CANOVAS.—No se preocupe. Vamos a la antesala a esperar el segundo acto de este sainete, y echamos un cigarro.

CORO.—(Saliendo.) ¡Eso, a descansar, a descansar!

(Salen todos, puro en mano, mientras se hace el oscuro.)

Segunda parte

Retiradas al secreto de una discreta saleta o gabinete, la Reina y la Camarista se entregan el inocente solaz de amena cháchara sobre temas gratos. La tibia penumbra estimula la intimidad y diluye el protocolo en una relación confidencial.

CAMPOVERDE.—¡Los españoles son unos pillos! ¡Los ha echado a perder el mal ejemplo de Francia!

LA REINA.—¡Pero a mí me quieren, Jacoba! ¡Y con locura!

CAMPOVERDE.—¡No se merecen la Reina que tienen!

LA REINA.—Bueno, eso ya es otra cosa. Quiero yo a esos ingratos mucho más que ellos a mí.

CAMPOVERDE.—Vuestra Majestad es demasiado buena.

LA REINA.—También eso es verdad: ¡soy todo corazón!

CAMPOVERDE.—¡Pues debiera administrar mejor su cariño!

LA REINA.—A ver, Jacoba, claréate: ¿por dónde va eso?

CAMPOVERDE.—Alguien que yo me sé quiere a Vuestra Majestad muchísimo, y Vuestra Majestad le hace sufrir.

LA REINA.—Y ese alguien eres tú, ¿a que sí?

CAMPOVERDE.—Ese alguien es Dios Nuestro Señor.

LA REINA.—¡Vaya salida de pata de banco!

CAMPOVERDE.—¡También podía ser yo!

LA REINA.—Claro que eras tú. No creas que me has engañado con tu patochada.

CAMPOVERDE.—Pues se ha equivocado Vuestra Majestad. En quien yo estaba pensando es en la Madre Seráfica.

LA REINA.—¡Ah, Patrocinio! Es verdad que me quiere mucho... No sé si más que yo a ella, pero me quiere mucho...

CAMPOVERDE.—¡Más que mucho, Majestad! ¡Muchísimo!

LA REINA.—(Feliz.) ¡Muchísimo, es verdad! ¡Verás, te voy a enseñar unas cartas suyas!... (Revuelve en algún cajoncillo y saca varios papeles.) Mira ésta: LA FIRMA «Patrocinio de su Reina». Bueno, espera... Aquí hay otra que me escribió desde Torrelaguna, hace casi diez años. Fíjate cómo firma (lee): «Patrocinio, todo, todo, para consuelo, alegría, vida y felicidad de su Reina, de la Señora de su cariño, de sus esperanzas y de su todo, y todo para su Isabel, Patrocinio.» ¡Anda! Y pone su nombre dos veces en la firma, de tantos cariños como ha escrito en medio...

CAMPOVERDE.—¡Ay, Dios mío, qué dulzura! ¡Qué cosilla que me entra! ¡Ay! Pero, ¿qué se siente, Majestad? ¿Qué se siente, cuando una Santa tan grandísima la quiere a una tanto?

LA REINA.—¡Ay, pues no sé, Jacobita! Se siente... no sé, algo muy grande... como mu-

cho valor, y no me da miedo de Prim, ni del fantasma ese de la democracia, porque sé que mi Santa está conmigo y puede hacer un milagro cuando quiera...

CAMPOVERDE.—¡Eso, seguro! ¡Pero segurísimo! ¡No iba a salvar a su Reina la que salvó a los pajaritos del convento de La Latina!

LA REINA.—¿Los pajaritos de La Latina? ¿Pues qué pasó? ¡Eso no me lo ha contado, la muy pícara!

CAMPOVERDE.—¡No me extraña, porque es tan humilde!... Bueno, yo se lo contaré a Vuestra Majestad. Pero tiene que quedar entre nosotros, ¿eh?

LA REINA.—¡Venga, suéltalo ya! ¿Fue cuando estaba en el convento de La Latina?

CAMPOVERDE.—Sí, a poco de llegar. Unas monjitas jóvenes pensaron en organizar una merienda para la comunidad comiéndose muchísimos pajaritos que al anocheecer se ponían a dormir en el árbol del patio...

LA REINA.—¡Ay, pobrecitos!

CAMPOVERDE.—¡Ahora verá Vuestra Majestad! Cuando los pajaritos se estaban poniendo en el árbol, la bendita Madre salió ella sola al patio y les dijo que no durmieran allí, que los iban a echar a la sartén. ¡Y todos los pajaritos salieron del árbol y se fueron a los aleros!

LA REINA.—(Palmotea.) ¡Ay, qué bien! ¡Ya me figuro lo que hizo! ¡Tiró cuatro piedras al árbol y los pájaros se fueron!

CAMPOVERDE.—¡Jesús, Majestad! ¡Eso es lo que diría un progresista!

LA REINA.—¡Ay, Jacoba, tienes razón! ¡Estoy como un cencerro!

CAMPOVERDE.—¡Fue un milagro, un milagro grandísimo, Majestad! ¡Sor Patrocinio tirando piedras, qué horror!... ¿Cómo se puede pasar por la cabeza semejante cosa? Les habló a los pájaros, y los pájaros la entendieron, eso fue todo. Un milagro.

LA REINA.—(*Un poquito asustada.*) Sí, sí, claro, naturalmente... ¡Lo de las piedras ha sido una broma, mujer!

CAMPOVERDE.—¡Y si viera Vuestra Majestad cuando llegaron las monjas y se encontraron con que no había ni un pájaro en el árbol!... ¡Todos estaban en los aleros! ¡Piando y piando! ¡Pío, pío! ¡Pío, pío! (*Se desliza, como bailando un vals, cuya musicuela se deja oír salpicada de trinos de canoras aves.*) ¡Pío, pío!

LA REINA.—(*Imitándola.*) ¡Ay, Jacobita, qué loca estás!... (*Aumenta el volumen de la música, un vals dulzón.*)

CAMPOVERDE.—(*Sin dejar de bailar.*) ¡Qué alegría, qué alegría! ¡Qué hermosa es la santidad!

LA REINA.—(*Bailando también.*) ¡Lo más hermoso del mundo, Jacoba, lo más hermoso del mundo!

CAMPOVERDE.—(*Al tiempo que baila, enlazando el talle de la Reina y cogiéndole la mano.*) ¿Me permite Vuestra Majestad?

LA REINA.—¡Encantada!

CAMPOVERDE.—(*Valsando con la Reina.*)

Laralalalá-lalá-lalá,
Laralalalá-lalá-lalá...

LAS DOS.—(*Tarareando el vals.*)

Laralalalá-lalá-lalá,
Laralalalá-lalá-lalá...

(*El estampido de un cañonazo*

interrumpe brutalmente la mística juerguecilla.)

LAS DOS.—¡Aaaay!

CAMPOVERDE.—¿Qué ha sido eso?

LA REINA.—¡No sé!
(*Se oye una descarga de fusilería.*)

CAMPOVERDE.—¡Jesús, si parecen tiros!

LA REINA.—¡Y tanto! ¡Como que lo son! (*Se vuelve a oír el cañón.*) ¡Y eso son cañonazos!

CAMPOVERDE.—¡Cañonazos, Dios mío!... ¿No serán salvas? ¡Como en el cumpleaños de Vuestra Majestad, que siempre me asustó!

LA REINA.—¡Mi cumpleaños es el diez de octubre, y estamos a veintidos de junio!

(*Se suceden el fragor de las descargas y un cañonazo más espeso.*)

CAMPOVERDE.—¡Madre del Divino Verbo! ¿Qué es lo que está pasando, Majestad? ¡Digamelo, que me vuelvo loca! ¿Qué es eso?

LA REINA.—(*Abrazándose a ella.*) ¡Ay, Jacoba! ¡La revolución!

CAMPOVERDE.—¡Aaaay!...

(*Oscuro. Cuando la luz vuelve lo hace con fuerza, luz de pleno día en plena calle. Paisanos de La Latina y del Rastro están dando los últimos toques a su flamante barricada, cuyo parapeto mira amenazadoramente hacia el respetable público. Como aún no hay enemigo a la vista, los defensores de la barricada, entre los que hay algunas mujeres, se hallan encima de ella o en su parte anterior. Continúan oyéndose los disparos, muy granizados, del combate que ha comenzado en otro sitio. Los cañonazos son continuos.*)

GOYITO.—Esos pepinazos son de los artilleros de San Gil, que los tienen más gordos que el caballo de Espartero.

MARINO.—Pero suenan por Santo Domingo. Y tenían que estar en la Puerta del Sol.

LA EME.—¡Ay, Marino, qué oído que tienes, que parece un plano!

MARINO.—Daría cualquier cosa por saber qué está pasando en la calle Preciados. ¡Los de San Gil tenían que haberla cubierto a la carrera, sin pegar un tiro!

EL INDA.—¡Habrán cambiado los planes!

MARINO.—¡Una poca leche! ¡Hay tropas del Gobierno en Sol y han taponado Preciados! ¡Y nuestros artilleros están encerrados en Santo Domingo, queriendo abrirse paso a cañonazos! ¡Eso es lo que pasa, seguro!

GOYITO.—¡Pues se lo abren, y sanseacabó! ¡Y llegan a Sol y a donde tengan que llegar!

MARINO.—¡Si pueden!

LA MENEOS.—¡Oye, pero qué mala sangre tiene este tío! ¡Vaya un jefe mal farío que nos hemos echao!

MARINO.—¡Tú, a callar!

LA MENEOS.—¡No me da la gana!

EL TIO MARUENDA.—¡Eh, vamos a no liarla! ¡No sulfurarse y guardar la mala leche para cuando venga la tropa!

GOYITO.—¡Si es que viene!

MARINO.—Vendrá, Goyito. Tú, tranquilo.

GOYITO.—(*Por el tiroteo que se oye.*) ¡Aquellos que no dan abasto, y nosotros sin vender una escoba!

EL TIO MARUENDA.—¡Si es que tengo el gafe! En el cin-

cuenta y cuatro, la barricada del Sombrerete no pegó un tiro. Nos volvimos a nuestras casas como habíamos salido. ¿A que ahora pasa lo mismo?

EL EMPALMAO.—¡Teníamos que haberla hecho en Cuchilleros!

MARINO.—¡Y dale con Cuchilleros! ¡He dicho treinta veces que una barricada en Cuchilleros no hace más que estorbar!

EL TIO MARUENDA.—¡Pues en el año cincuenta y cuatro se batieron el cobre en Cuchilleros!

MARINO.—¡Pero no es lo mismo, tío Maruenda, ahora no es lo mismo! Los regimientos Asturias y Príncipe son nuestros, y han ocupado la Plaza Mayor esta mañana, así que ya me contará usted qué hace una barricada en Cuchilleros.

EL TIO MARUENDA.—Nada, hombre, lo que tú digas, que para eso eres el jefe.

MARINO.—Nuestra barricada y la de la plazuela del Progreso aseguran el anlace de esas fuerzas con las de San Gil en la Puerta del Sol, ¿lo entendéis, o no?

LA EME.—¡Qué talentazo, madre, pero qué talentazo!

MARINO.—Y si ese enlace se rompe, ¡adiós, revolución!

GOYITO.—¡De romperse, nada, que aquí estamos nosotros! ¡Viva la Rigolución!

TODOS.—¡Viva! ¡Prim, libertad!

EL EMPALMAO.—¡Viva Prim!

TODOS.—¡Viva!

EL EMPALMAO.—¡Aquí tenía que estar el Soldado de Africa, que pudiera vernos!

MARINO.—(Irónico) ¡Menudo panorama!

LA MENEOS.—(A Marino, coquetuela.) ¿Qué pasa con el panorama, maestro? ¿Es desagradable?

MARINO.—Meneitos, guapa, no me provoques.

EL TIO MARUENDA.—(A la Meneos.) No calientes al jefe, muchacha, que tiene que pensar.

EL INDA.—Vente conmigo, que soy medio tonto.

GOYITO.—(Abrazándola.) ¡Que nos tienes a todos al rojo, niña!

LA MENEOS.—¡Huyyy, Goyito, qué guapo que eres! ¡Muá!

TODOS.—(Con gran vocerío.) ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Que haya para todos! ¡Para todos! ¡Igualdad! ¡Eh! ¡Igualdad!...

MARINO.—¡A ver si os calláis, leche, que no dejáis oír los cañonazos!

EL TIO MARUENDA.—¡Mira éste! ¡Vaya una música! ¡Venga, a cantar! ¡En la barricada del Sombrerete, en la Rigolución del cincuenta y cuatro, nos pasamos el día de bailoteo! ¡Y la bota, que no paraba! ¿Dónde está la bota?

LA EME.—Ahí va, tío Maruenda. ¿Y esa guitarra, Aguardiente?

EL AGUARDIENTE.—(Rasgueando.) Hale, vamos a pasar el rato...

LA EME.—(Canta.)

La monja le dijo al fraile:
«—¿Cuánto podremos durar?
Hasta que todo reviente
gritando: ¡Prim, libertad!

TODOS.—¡Prim, libertad!

GOYITO.—¡Y que viva la barricada de los superdotaos!

EL EMPALMAO.—¡Ele! ¡Venga, meneitos, que se vea!

LA MENEOS.—(Canta.)

Remángate, Patrocínio,
sube esas faldas arriba,
echa a correr y no pares
hasta que yo te lo diga.

(Algazara general.)

EL TIO MARUENDA.—¡Ay, niña, tienes una constitución que ni la del doce!

EL INDA.—¡La diosa de la barricada!

LA EME.—¡Viva la barricada de la plaza de la Cebada!

TODOS.—¡Viva!

GOYITO.—¡Viva la mejor barricada de Madrid!

EL INDA.—¡Viva España con honra!

EL AGUARDIENTE.—Bueno, ¿se canta o no se canta?

TODOS.—(Cantan.)

Tenemos la barricada,
fusiles y munición,
amigos que son la hostia
y un jefe que es el copón.

MARINO.—(Halagado.) ¡Hombre, se agradece! ¡Se agradece!

EL TIO MARUENDA.—¡Ay, Marinito!

GOYITO.—¿A que no te lo esperabas, Marino, di la verdad?

MARINO.—Pues, no, mira. Ha sido un detalle muy fino, y muy de agradecer. ¡Y se agradece!

LA EME.—¡Viva Marino!

TODOS.—¡Viva!

(Se ha abierto un balcón sobre la barricada, apareciendo en él un pequeño burgués medroso, tripudo y adulador.)

EL BURGUES.—(Tímido.) ¡Eh, patriotas! ¡Patriotas!

LA MENEOS.—¡Mira, un parajito sin cola!

MARINO.—¿Qué se ofrece?

EL BURGUES.—¿Quieren ustedes un colchón?

EL EMPALMAO.—¡Oiga, amigo!

MARINO.—¿Nos lo da usted?

EL BURGUES.—¡De buena lana! Aquí lo tengo... (*lo hace asomar*).

GOYITO.—¡Pero leche! ¡Un colchón!

MARINO.—¿Lo puede echar desde ahí?

EL BURGUES.—¡No faltaba más! ¡Allá va!

EL INDA.—¡Meneos, pido la vez para estrenarlo contigo.

LA MENEOS.—¡Y nos echa el colchón, el tío!

LA EME.—¡Esto va a ser la barricada del fornicio! ¡Tío Maruenda, un colchón!

EL TIO MARUENDA.—¡Un colchón es lo fetén para las balas!

GOYITO.—¡Naturáca! ¡Eso se ve!

EL EMPALMAO.—¡Así no hay rebotes!

MARINO.—Venga, menos hablar y colocarlo en la cresta del parápeto.

EL BURGUES.—Lo que hace falta es que lo disfruten ustedes con salud.

MARINO.—¡La patria recibe con gratitud su generoso donativo!

LA EME.—¡Ahí, Castelar!

EL BURGUES.—Nada, nada. ¡Yo estoy siempre con el pueblo!

LA MENEOS.—¡Olé ahí los burgueses con salero!

EL BURGUES.—¡Viva don Juan Prim!

TODOS.—¡Prim, libertad!

GOYITO.—(*Señalando al burgués.*) ¡Y viva aquí, el amigo!

TODOS.—¡Viva!

EL BURGUES.—¡Gracias, gracias! ¡No hay nada como el pueblo! ¡El pueblo es el depositario de todos los valores! ¡El pueblo es sagrado! ¡Yo también soy pueblo! ¡Hasta la médula!

(*Gran ovación de la barricada.*)

EL EMPALMAO.—(*Mostrando la bota.*) ¡Baje a echar un trago!

EL BURGUES.—¡Soy un pobre enfermo!... ¡Ay, si yo pudiera bajar, querido amigo! ¡No sería para echar un trago, no, sino para batirme como un león contra los neos! (*Aplausos.*) ¡Se iba a ver quién es Crisanto de la Cueva!

EL INDA.—¡Bien dicho!

GOYITO.—¡Así habla un hombre, don Crisanto!

EL BURGUES.—¡Bien, bien, amigos míos! ¡Adelante! Yo voy a cerrar, que estos aires no me sientan bien... Confío en que podré estar tranquilo en mi casa, bajo la protección del pueblo...

MARINO.—¡Total garantía, señor De la Cueva! ¡El pueblo le protege, y está dicho todo!

EL BURGUES.—(*Entrando.*) ¡Adiós, valientes! ¡Viva Prim! (*Desaparece.*)

LA MENEOS.—¡Adiós, carne de membrillo!

EL INDA.—¡Pasta flora!

EL TIO MARUENDA.—¡A meterse en la camita!

LA EME.—¡Pero debajo!

EL EMPALMAO.—¡Cierra, cierra las maderas, no se escape un tiro!

GOYITO.—¡So cagon!

MARINO.—Dejarlo, que es un amigo.

EL INDA.—¡Menudo amigo!

EL TIO MARUENDA.—Ha puesto siete mesas detrás del balcón.

LA MENEOS.—Y siete cruces detrás de las mesas.

MARINO.—(*Escuchando.*) ¡Callar, callar! (*Silencio. Todos escuchan.*) ¿Se oyen tambores?

GOYITO.—Yo sólo oigo los tiros.

EL INDA.—Lo que hay es mucho menos cañoneo.

EL TIO MARUENDA.—Marino. ¿qué pasa en Santo Domingo?

MARINO.—¡Y yo qué sé!

GOYITO.—¿Y por qué no se ha oído ni un cañonazo por el Retiro? ¿No es nuestra también esa artillería?

MARINO.—Claro que sí, pero no tiene por qué tirar. El plan es que amenace el cuartel de Ingenieros hasta que se le junte la infantería de San Mateo. Habrá salido bien y por eso no tiran.

EL TIO MARUENDA.—Dios te oiga. Lo peor de esto es no saber lo que pasa.

GOYITO.—Es como tener una venda en los ojos, maldita sea.

MARINO.—Viene una tropa, seguro. La oigo muy bien.

EL TIO MARUENDA.—Pues yo no.

LA MENEOS.—Son tambores, por Puerta Cerrada.

GOYITO.—¡Por la calle Toledo, y a buen paso!

EL TIO MARUENDA.—Si que vienen, sí...

MARINO.—¡Por la calle Toledo, los muy guarros! ¡Así que la Plaza Mayor es suya y no nuestra! ¡Venga, todos adentro, que ya van a asomar!

(A espaldas del público se oye creciente redoblar de tambores. Los paisanos de la barricada no se apresuran a entrar en ella, y miran hacia el frente.)

LA MENEOS.—Pero ¿no decías que los regimientos Asturias y Príncipe eran nuestros y habían ocupado la plaza?

MARINO.—¡No la habrán ocupado!

EL TIO MARUENDA.—¡O no serán nuestros!

EL INDA.—¡Habrán cambiado los planes, hombre!

GOYITO.—¡Míralos, ya están ahí ¡Leche, cómo corren!

MARINO.—¡Adentro todo el mundo! ¡Rápido!

LA EME.—*(Mientras se ponen tras la barricada.)* ¡Pero si es tropa de San Mateo!

EL TIO MARUENDA.—No puede ser, muchacha. San Mateo está con nosotros...

MARINO.—Estaba, tío Maruenda. Estaba, que no es igual. Lo habrán pensado mejor, y están en el otro bando.

GOYITO.—¡Traidores, más que traidores!

EL EMPALMAO.—¡Cuando un hombre da su palabra, la cumple! ¡Vosotros no sois hombres!

(Los revolucionarios se han apostado tras la barricada, con los fusiles preparados erizando la cresta del parapeto. El ruido de los tambores es fuerte y rápido, salpicado de algunos disparos de fusil.)

MARINO.—Agáchate más, Goyito, no asomes tanto.

GOYITO.—¡Esos no le dan ni a San Francisco el Grande! ¡Traidores, vendidos!

MARINO.—Están descargando los fusiles para atacar a la bayoneta. ¡Que nadie dispare hasta que yo diga!

EL EMPALMAO.—Pues dilo pronto, Marino, que me arde el dedo.

MARINO.—Si te arde el dedo, te lo soplas.

(Goyito se incorpora repentinamente, con un balazo entre la ceja y el pelo, y se voltea hacia atrás. La Eme alza el grito.)

LA EME.—¡Goyito! ¡Dios, que lo han matado! ¡Lo han matado!

LA MENEOS.—¡Judas, hijos de puta!

EL EMPALMAO.—¡Yo tiro, Marino!

MARINO.—¡Tú te esperas! ¡Apuntar todos bien, pero sin tirar! ¡Hasta que les veamos los agujeros de las narices!

(Toca una trompeta. Ya no hay tambores ni disparos, sino ruido de pisadas a la carrera.)

EL INDA.—¡Eh, tú, que ya están cargando!

MARINO.—¡Quietos, quietos! Un poquito más... Apuntar bien... Que vengan... *(alza la voz)*. ¡Atención! ¡Fuego!

(Dispara la barricada, con gran estrépito, sobre el respetable público. Se recomienda que los fusiles carezcan de bala, debiendo estar cargados con pólvora negra, cuya blanca humareda y olor característico cerrarán la escena al hacerse el oscuro. Cuando el humo se disipa y la luz retorna, se perciben dos altares a derecha e izquierda, más bien barrocos y escasamente iluminados por

alguna escuálida vela o lamparilla. Ante uno de ellos, la Reina reza, postrada de hinojos. Ante el otro, Sor Patrocinio reza, igualmente postrada. No es posible ver el rostro de ninguna de las dos. La una y la otra elevan al cielo desoladas preces, mientras el ruido del cañón hace de eco y contrapunto.)

LA MONJA POSTRADA.—*(Quizá su voz es distinta a como ha sido hasta ahora.)* ¡Señor, hoy es mi voz amarga y mi lengua es de sal! ¡Señor, qué va a ser de nosotros!

LA REINA POSTRADA.—*(También con voz cambiada.)* ¡Ay, Señor, qué miedo tan grande! ¡Ay qué miedo tan grande, Dios mío!

LA MONJA POSTRADA.—Has metido al lobo entre tus blancas ovejas, al halcón entre tus dulces palomas. ¡Tú lo has hecho, Señor, Tú lo has hecho!

LA REINA POSTRADA.—¡Señor! ¿Cómo se han podido meter los demócratas en España, si no había ni un resquicio? ¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así?

LA MONJA POSTRADA.—Prado de fresco trébol era tu España, pensil florido de suavísimo aroma, huerto de peras fragantes y brevas de miel.

LA REINA POSTRADA.—¡Y ricos chirimoyos de negros huesos!

LA MONJA POSTRADA.—¿Una heredad tan bella será para los cerdos, Cristo mío?

LA REINA POSTRADA.—¡Señor, Tú eso no lo puedes querer, no lo puedes querer y no lo puedes querer! ¿A que no?

LA MONJA POSTRADA.—¿Ha sido falta de celo de los

porteros de tu casa? ¿Nos hemos dormido en nuestras guardias?

LA REINA POSTRADA.—Virgencita, te has descuidado hablando con Patrocinio, y por debajo del manto se te han colado los demócratas.

LA MONJA POSTRADA.—¡Señor, dame fuerzas y luz para poner remedio!

LA REINA POSTRADA.—¡Señor, a ver cómo lo arreglas! ¡Un milagro de la Madre, Señor! ¡Un milagro bien gordo!

LA MONJA POSTRADA.—No apartes de mí tu rostro, Jesús mío, no me abandones en mi tribulación.

LA REINA POSTRADA.—Pero, Señor, ¿por qué me tienen que pasar a mí estas cosas? Mira a mi prima la Victoria, lo tranquila que vive, y eso que es protestante. ¡Y a la Eugenia, ahí la tienes, hecha una señorona! ¿Gobierno mal, acaso? ¿No hago cuanto me dicen Patrocinio y Claret?

LA MONJA POSTRADA.—Mi gobierno, Señor, Tú lo sabes; ha sido tu gobierno: llevar España entera al Reino Celestial. ¡Que no se nos condene ni un hijo de San Fernando, dulce Jesús! ¡Ni uno!

LA REINA POSTRADA.—¡Españolitos al Cielo, Señor! ¡Españolitos al Cielo!

LA MONJA POSTRADA.—¿Hay mejor programa de gobierno?

LA REINA POSTRADA.—¿Qué más pueden pedir estos ingratos?

LA MONJA POSTRADA.—¡Conserva, Señor, conserva en tus manos lo que es tuyo! ¡No nos quites lo nuestro!

LA REINA POSTRADA.—

¡Orden público, Señor! ¡Orden público!

LA MONJA POSTRADA.—¡Aleja de nosotros al negro fantasma de la democracia, Señor!

LA REINA POSTRADA.—¡Llévatelo bien lejos!

LA MONJA POSTRADA.—¡Devuélvelo a los antros infernales, a las rojas cavernas de Satán!

LA REINA POSTRADA.—¡Que se vaya, Señor, que se vaya por esa Europa pecadora, y nos deje a nosotros tranquilos!

(De la penumbra de ambos altares, surge el fantasma de la democracia y por duplicado, para mayor desastre. Uno pertenece a la Reina y otro a la Monja. Son exactamente iguales, con horrenda careta y enormes ropajes negros.)

LOS FANTASMAS DE LA DEMOCRACIA.—¡Uuuuuhh! ¡Uuuuuhh!...

LAS DOS.—¡Aaaay!... ¡El fantasma! ¡El fantasma de la democracia!

LOS FANTASMAS.—¡Uuuuhh!...

LA MONJA POSTRADA.—¡Vade retro, Satanás! ¡Vade retro!

EL FANTASMA DE LA MONJA.—¡Jo, jo, jo, jo!

LA REINA POSTRADA.—*(Mientras ríe el fantasma monjil.)* ¡Socorro! ¡Que venga la guardia!

EL FANTASMA DE LA REINA.—¡Jo, jo, jo, jo!

EL FANTASMA DE LA MONJA.—*(Mientras ríe el fantasma real.)* ¡Seráfica, enseñame las llagas!

LA MONJA POSTRADA.—¡Dulce Jesús, socórreme! ¡Socórreme, Virgen Santísima!

LA REINA POSTRADA.—¡Guardia! ¡Aquí, soldados!

EL FANTASMA DE LA REINA.—¡Llama, llama, a ver si vienen! ¡Je, je! ¡Están todos en las calles, de tiroteo! ¡O'Donnell se los ha llevado contra San Gil! ¡Y a ti te han dejado sola!

LA REINA POSTRADA.—¡Pues me las va a pagar ese bandido!

LOS FANTASMAS.—¡Uuuuhh!...

LAS DOS.—¡Aaaay!

LOS FANTASMAS.—¡Se acabó el oscurantismo! ¡Adiós al trono y al altar! ¡Abajo lo existente!

LA MONJA POSTRADA.—¡España será siempre católica!

LA REINA POSTRADA.—¡España será siempre monárquica!

LOS FANTASMAS.—¡Jooo, jo jo, jo, jo! ¡Pobre ilusa! ¡España será demócrata, demócrata!

LAS DOS.—¡Tú sí que eres iluso!

LOS FANTASMAS.—¡España está en mis garras! ¡En las garras de la democracia!

LAS DOS.—¡No, no, no!

LOS FANTASMAS.—¡Sí, sí, sí!

LA MONJA POSTRADA.—¡Las hordas sacrílegas nada podrán contra el altar! ¡Lo defiende Dios!

LA REINA POSTRADA.—¡Se romperán los dientes las turbas callejeras, si quieren morder el trono de Recaredo!

LOS FANTASMAS.—¡Las masas populares se han puesto en marcha! ¡Mírafas! ¡A ver quién las detiene!

(Eufórico y retozón, el duplicado fantasma muestra y señala la venida de las hordas revolucionarias. Procedentes de la oscuridad, avanzan en compacto grupo unos seres extraños y disformes que se arrastran y reptan en montón y revoltijo. Cabezas mongólicas, de camaleón o de lagarto, con ojos saltones y lenguas colgantes; manos palmeadas que se apoyan en el suelo o en la espalda del vecino; rabos de reptil y encallecidos culos de mona; haberillos o camisas de hospital de locos, y ruido de enjambre de insectos con mezcla de gruñidos y chillidos de rata. Se adelanta, agazapada, la vanguardia hasta hacerse visible, y se detiene mirando a las postradas, mientras el resto del ejército de larvas y súcubos permanece en las tinieblas, dejándose adivinar y sin mostrar su número.)

LA REINA POSTRADA.— ¡Qué horror, Dios mío! ¡Qué asco! ¡Huelen a tigre!

LA MONJA POSTRADA.— ¡Ay, pobre pueblo engañado, sacado de tu pacífico trabajo por la demagogia de los políticos impíos!

LOS FANTASMAS.— ¡Ahí lo tienes! ¡El pueblo soberano, dispuesto a hacer justicia! ¿qué dices ahora?

LA MONJA POSTRADA.— ¡Espigas del Señor, torcidas por malos vientos!

LA REINA POSTRADA.— ¡Con esa gentuza, no gobierna Prim ni borracho!

EL FANTASMA DE LA REINA.— ¿Y quién habla de Prim? ¡No lo necesitamos! ¡Gobernaremos nosotros! ¿No es cierto, hijos?

CORO DE LA MASA.— ¡Viva Prim! ¡Prim, libertad! ¡Prim, libertad! ¡Bzzz...!

LOS FANTASMAS.— ¡Olvi-

date de Prim, heroico pueblo! ¡Es un traidor, te ha dejado solo! ¡Quiere hacer la revolución de los ricachones, no la tuya!

CORO DE LA MASA.— ¡Prim, Prim, Prim! ¡Prim, libertad! ¡Viva Prim!

LA MONJA POSTRADA.— ¡Dios mío, Prim no está! ¡Prim no está con ellos! ¡Gracias, buen Jesús!

LA REINA POSTRADA.— ¡Sin Prim no sois nadie!

EL FANTASMA DE LA REINA.— ¡Con Prim no somos nadie! ¡Sin él lo somos todo! ¡Viva el pueblo!

CORO DE LA MASA.— ¡Viva Prim! ¡Prim, libertad! ¡Prim, libertad!

LOS FANTASMAS.— *(Al Coro.)* ¡Prim no se ha pronunciado! ¡Se ha quedado en Hendaya! ¡Y los regimientos progresistas que se habían comprometido, ahora van contra vosotros! ¡Se han echado atrás para no estar a vuestro lado, para no estar con el pueblo! ¡Los sargentos y tropa de San Gil son los únicos que están junto al pueblo soberano! ¡Nadie más! ¡Esta es vuestra revolución, sólo la vuestra!

CORO DE LA MASA.— ¡Viva la Rigolución! ¡Viva Prim! ¡Prim, libertad!

LOS FANTASMAS.— ¡Gritad, gritad lo que queráis, pero adelante!

LA MONJA POSTRADA.— ¡Andad, andad a vuestras casas y rezad! ¡Haced penitencia!

LA REINA POSTRADA.— ¡Os va a barrer la metralla! ¡Os va a aplastar la caballería!

LOS FANTASMAS.— ¡Jo, jo, jo! ¡Mira cómo se crece, mira cómo se crece! ¿Se te ha qui-

tado el miedo, pobrecita? ¡Uuuuhh!

LAS DOS.— ¡Aaaay! ¡No me asustas! ¡Sin Prim estáis perdidos!

LOS FANTASMAS.— *(Bailoteando.)* ¡Perdidos! ¡Perdidos! *(Al coro.)* ¿Habéis oído? ¡Estamos perdidos!

CORO DE LA MASA.— ¡Viva España con jonra! ¡Viva la Rigolución!

EL FANTASMA DE LA REINA.— ¿Sabes que ya tienes herido al general Narváez?

EL FANTASMA DE LA MONJA.— ¡El pueblo, en vez de rezar, le ha pegado un tiro! ¡Pobre Espadón!

EL FANTASMA DE LA REINA.— ¡El general conde de la Cañada también está herido, Señora!

EL FANTASMA DE LA MONJA.— ¡Otro tirito del pueblo pecador!

EL FANTASMA DE LA REINA.— ¡Y el general Ceballos también!

EL FANTASMA DE LA MONJA.— ¡Un pecado más, Jesús mío!

EL FANTASMA DE LA REINA.— ¡El general Hoyos ha escapado por pies, después de matarle el caballo!

EL FANTASMA DE LA MONJA.— ¿El caballo? ¡Un pecadillo venial!

EL FANTASMA DE LA REINA.— ¿Sabe Vuestra Majestad que O'Donnell y Serrano atacan con el grueso del ejército al cuartel de San Gil y no pueden con los sargentos?

EL FANTASMA DE LA MONJA.— ¡Los sargentos de San Gil son unos grandes pecadores! ¡Todos al infierno!

EL FANTASMA DE LA REINA.—El general Concha está atacando la barricada de la calle de la Luna, pero no la puede tomar.

EL FANTASMA DE LA MONJA.—No importa, la Reverenda Madre hará un milagro

EL FANTASMA DE LA REINA.—Tres cargas a la bayoneta ha dado la infantería de San Mateo a la barricada de la plaza de la Cebada, y ha sido rechazada con enormes pérdidas. Los atacantes piden refuerzos.

EL FANTASMA DE LA MONJA.—Madre Seráfica, mande un par de jaculatorias contra esa barricada.

LA MONJA POSTRADA.—*(Casi llorando.)* ¡Dios mandará rayos del cielo contra los perversos! ¡Dios lloverá fuego sobre los réprobos y hará pavesas ardientes de su carne y de sus huesos!

LA REINA POSTRADA.—*(Lo mismo.)* ¡Si mis generales no pueden con las hordas infernales, Sor Patrocinio hará un milagro y las hará correr como a ratones! ¡Dios está de mi parte!

LOS FANTASMAS.—¡Barricada de Puerta Cerrada, barricada de Antón Martín, todavía sin atacar por falta de tropa! ¡Y ya es media tarde! ¡Cuando llegue la noche, el pueblo tomará la iniciativa! ¡Mañana, la victoria!

LAS DOS.—¡Dios mío, no lo permitas! ¡No lo permitas, Señor!

CORO DE LA MASA.—¡Abajo lo existente! *(Cantan.)*

Con la Rigo, Rigo, Rigo,
la Rigo, Rigo-Lución,
van a ir el altar y el trono
de los trastos al montón.

LOS FANTASMAS.—*(Retor-*

zones y grandilocuentes.) ¡Sí, al montón de los trastos! ¡Al basurero! ¡Se acabó el inmovilismo oscurantista! ¡España se va a cambiar de camisa, vive Dios! ¡Se acabó el camión mugriento de la Monja!

LA MONJA POSTRADA.—¡Ay, Divino Jesús, qué va a ser de tu España! Y el ejército de la Reina, ¿de qué sirve?

LA REINA POSTRADA.—¡Ay, Divino Jesús, qué va a ser de mi España! Y los milagros de la Madre, ¿de qué sirven?

LOS FANTASMAS.—*(Líricos.)*

¡Ay, cómo rugen los cañones!
¡Cómo ladran los fusiles,
limpiando de reaccionarios
las calles de los Madriles!

(Repentinamente, desaparece el ruido de fondo de cañoneo y fusilería, haciéndose un silencio tan denso que, por sí solo, cambia la situación. Los fantasmas se quedan alelados y suspensos, los monstruos de la horda miran al vacío inquietos y temerosos y las dos postradas elevan al cielo las manos, palpando la esperanza. Pausa, expectación, intriga. ¿Qué ocurrirá en nuestra verídica historia? Un chorro de luz cálida y consoladora es emitido por un foco habilidoso y funcional sobre un lugar elevado del espacio escénico, donde, aislado sobre las tinieblas en su luminoso nimbo, se contonea un guapo general de redondas caderas con el emplumado ros sobre el brazo, a un tiempo marcial y celeste como arcángel portador de felices nuevas. La postrada Reina le interroga con angustiada premura.)

LA REINA POSTRADA.—¡Serrano! Serrano, ¿qué está pasando? ¡Se cuentan horrores! ¡Estoy asustada! ¡Muy asustada!

SERRANO.—Tranquilice

Vuestra Majestad ese tierno corazón y alegre su carita de querubín: ¡la Patria está a salvo!

LA REINA POSTRADA.—¡Jesús! ¡Y será verdad!

SERRANO.—Verdad de la buena, Majestad; le hemos dado para el pelo al pueblo soberano.

(Con débiles quejidos, ganidos y lamentos de enfermas bestezuelas, la horda de gusanos y reptiles va retrocediendo hasta reintegrarse a sus negros escondrijos. El fantasma duplicado no se retira, pero se achica visiblemente, tapándose la cabeza con los brazos.)

LA MONJA POSTRADA.—¡Victoria, Dios mío! ¡Victoria de la Reina!

LA REINA POSTRADA.—¡Milagro, Dios mío! ¡Milagro de la Madre!

SERRANO.—El ejército está desarmando al paisanaje y fusilando a los cabecillas sobre el terreno. Yo he venido a toda prisa para informar a Vuestra Majestad.

LA REINA POSTRADA.—¡Ay, Serrano, qué gracia te puso Dios en ese cuerpo! ¡Con qué razón te puse de mote «el General Bonito»! ¡Pero habla, hombre, no te quedes ahí callado, moviendo el culo! ¡Venga, dame detalles, no te los guardes en el buche! ¡Agomita, como decimos los castizos!

SERRANO.—*(Con una gentil reverencia.)* Agomito, Majestad: el duque de Tetuán y yo atacamos juntos, con el grueso de las fuerzas, el cuartel de San Gil, y al fin lo tomamos, patio por patio y piso por piso.

LA REINA POSTRADA.—O'Donnell y tú juntos contra cuatro sargentos, ¡no os dará vergüenza!

SERRANO.—Eran más de cuatro, Señora, y tenían artillería.

LA REINA POSTRADA.—Bueno, sigue, ¿y las barricadas?

SERRANO.—Todas tomadas. El general Concha ha ocupado la de la Luna, y el general Hoyos la de la Cebada. Han sido las dos más duras. También han caído las de Puerta Cerrada, Progreso, Antón Martín, en fin, todas.

LA REINA POSTRADA.—Serrano, eres un sol. ¿Es cierto que han herido a Narváez?

SERRANO.—Nada, un rasguño en un brazo, Majestad. Le han curado en palacio.

LA REINA POSTRADA.—Adiós, general Bonito. Te quiero mucho. Con O'Donnell estoy muy enfadada, me ha dejado indefensa. Díselo. O mejor, no, no se lo digas. Ya se lo diré yo a mi manera.

(El general Serrano se inclina ceremonioso, y su figura se esfuma en plena inclinación por causa del electricista, que apaga el foco. El duplicado fantasma, a lo largo del anterior coloquio, se ha ido reduciendo a su mínima expresión.)

LA MONJA POSTRADA.—¡Gracias, gracias, dulce Jesús! ¡España sigue siendo tu cándido rebaño!

LA REINA POSTRADA.—(A su fantasma, que está como perro apaleado.) ¿Qué dices ahora, fantasma de corral? ¿Qué dices, mochuelo?

LA MONJA POSTRADA.—(También a su fantasma.) ¡Satanás, que te alzaste contra el Señor, tu Dios! ¿No dices nada?

LAS DOS.—¡Di algo, lechuzo! ¡Pide perdón! ¡Di que te arrepientes!

LOS FANTASMAS.—(A la vez.) ¡Viva la Reina!

LA REINA POSTRADA.—¿Ahora sales con esas? ¡Chaquetero!

LA MONJA POSTRADA.—¡Hipócrita!

LA REINA POSTRADA.—¡Morrall!

LOS FANTASMAS.—(Irguiéndose, solemnes.) ¡Oh, España, la más feliz de las naciones, excelsa entre las hijas del Señor! ¡Espejo de austeras tradiciones y flor de religiosas virtudes! Recógete en ti misma, reposa en tu grandeza como la bíblica leona: ¿quién se atreverá a despertarte? Reclina en las rodillas de Dios tu cabeza coronada de montes, relaja tu amplio torso surcado de enjutos ríos, duerme tranquila en la gloria de tu perfección. (Se van despojando de sus arreos indumentarios.) Que otros pueblos se agiten por amoldarse al tiempo, que otros cambien y vivan de un modo cada día. Tú sé igual a ti misma, no permutes tu esencia, usa todas tus anclas, clava a fondo tu quilla en las densas arenas de tu perennidad. (Quitándose a un tiempo el ropón y la careta.) ¡Tú eres eterna, España, y lo eterno no cambia!

(Al despojarse triunfalmente de máscara y ropón, los ex fantasmas han provocado una feliz anagnórisis, que es cosa de mucho resultado en este tipo de teatro decimonónico. El fantasma que se hallaba frente a la Reina postrada descubre ser Sor Patrocinio, y el que correspondía a la Monja resulta que es la Reina misma.)

LA REINA POSTRADA.—(A la que, por supuesto, sigue sin vérsese el rostro.) ¡Madre!

LA MONJA POSTRADA.—¡Hija!

LA REINA POSTRADA.—¡Patrocinio, tesoro! ¿Pero eras tú el fantasma?

LA MONJA POSTRADA.—¡Mi Reina, mi Señora! ¿Qué es esto, Dios bendito? ¿Realidad o ilusión?

SOR PATROCINIO Y LA REINA.—(Cursis y pedagógicas, cada una a su oponente.)

El miedo da fantasmas que
el ánimo estremecen,
más si una buena nueva
te alegra el corazón,
al punto se trasmudan y
en su lugar ofrecen
la imagen bienhechora
de la consolación.
¿No soy yo tu consuelo?
¿No soy yo tu alegría?

LAS DOS POSTRADAS.—(Beatíficas.)

¡Ay, Señor, qué descanso,
cómo se arregla el día!

SOR PATROCINIO Y LA REINA.—(Con el índice enhiesto.) ¡Pero no sin porfía!

LA REINA.—(A la Monja postrada.)

¡Mi ejército, Seráfica, ha
sido el que ha triunfado!

SOR PATROCINIO.—(A la Reina postrada.)

¡De mi mano ha salido el
milagro monjil!

LAS DOS POSTRADAS.—(Gozosas.)

¡Los malos han perdido, los
buenos han ganado!

¡La bestia subversiva se
esconde en su cubil!

(Disminuye la luz sobre las postradas, aumentando sobre la Reina y Sor Patrocinio, de

pie y quietas frente al público, mirando al vacío. Pausa. Se va oyendo, lejano, un canto coral edificante y piadoso.)

SOR PATROCINIO.—(Inmóvil.) Majestad...

LA REINA.—(Lo mismo.) Patrocinio...

SOR PATROCINIO.—No ha cambiado nada, gracias a Dios...

LA REINA.—Todo sigue igual, igualito que siempre...

SOR PATROCINIO.—¡Gracias a Dios, Majestad!

LA REINA.—Gracias a Dios...

(Los cantos son más fuertes, aunque aún no se entiende la letra. Sor Patrocinio y la Reina se vuelven la una hacia la otra, y se aproximan entre sí.)

SOR PATROCINIO.—¡Mi Reina, Reina mía! ¡Qué miedo he pasado por Vuestra Majestad!

LA REINA.—¡Ay, Patrocinio, cuánto te quiero! ¡Pero qué rica eres! (Se abrazan.)

SOR PATROCINIO.—Son muy valientes los soldaditos de Vuestra Majestad. Nos han salvado a todos...

LA REINA.—(Arrodillándose.) ¡Ay, no! Mis soldados no han hecho nada, has sido tú. Ha sido un milagro tuyo, que lo sé muy bien...

SOR PATROCINIO.—(Mientras se deja besar las enmitonadas manos por la Reina.) Esta pobre monjita no tiene ningún poder... Es amiga de Dios, y nada más. Yo sólo le he dicho: Señor, salva a mi corderilla y salva a tu España, que hay unos hombres muy malos que no las quie-

ren... Y como Dios es tan bueno, pues ha salvado a las dos...

LA REINA.—¡Ay, Seráfica mía, cuánto te tiene que agradecer tu corderilla y cuánto se tiene que agradecer España!

SOR PATROCINIO.—Mi cordera blanca, yo sé que me lo agradece. La que no me lo agradece es la otra... ¡Tiene Dios mucho que perdonar a este pueblo de España! ¡Mucho!

LA REINA.—(Haciendo pucheros.) ¡Los españoles son muy malos, Patrocinio! ¡Peores de lo que yo creía!... Pero Dios los perdonará, ¿verdad que sí? Dios es muy bueno y los perdonará a todos...

SOR PATROCINIO.—Es un pueblo muy discolo y Vuestra Majestad está obligada a acercarlo al Señor...

LA REINA.—Yo haré lo que tú me digas, Patrocinio. Yo quiero que Dios perdone a mi pueblo...

(Arrecian repentinamente los cantos corales haciéndose inteligibles, al tiempo que aparece el coro de cantantes desfilando en procesión con las candelillas que les identifican como los contertulios de los Reyes. Se dirigen lentamente hacia las postradas, sin ver a Sor Patrocinio ni a la Reina.)

CORO DE CONTERTULIOS.—(Cantando.)

Perdona a tu pueblo, Señor.

Perdona a tu pueblo, perdónale, Señor.

No estés eternamente enojado,

no estés eternamente enojado,

perdónales, Señor.

SOR PATROCINIO.—(Ayu-

dando a la Reina a levantarse.) Aquí llegan el real esposo y los buenos amigos de Vuestra Majestad.

LA REINA.—(Levantándose.) ¡La camarilla!

(Los coreutas rodean a las dos postradas, haciéndoles reverencias y besamanos. Las postradas, silenciosas, son como dos muñecos pasivos.)

PADRE CLARET.—(A la Reina postrada.) ¿Cómo se siente mi palomita? ¿Ha habido miedo?

EL REY.—(A la monja postrada.) ¡Ay, Madre Seráfica, ha sido terrible, terrible! ¡Aún tengo el vientre descompuesto!

CORO DE CONTERTULIOS.—¡Y yo también! ¡Y yo! ¡Y yo!

SOR PATROCINIO.—(A la Reina, con la que se mantiene apartada, al fondo.) ¡Pobrecillos, no les llega la camisa al cuerpo!

LA REINA.—Todos, todos se han ido por la pata adelante, todos tienen las piernas amarillas...

CAMPOVERDE.—Están las calles llenas de muertos, se los van a llevar en carros...

BELTRAN DE LIS.—Ha sido un castigo de Dios por los pecados de O'Donnell...

PADRE CLARET.—¡Por reconocer al llamado reino de Italia!

EL REY.—¡O'Donnell tiene que ir a la calle!

SOR PATROCINIO.—(A la Reina.) Dios ha hablado por la real boca de Su Majestad.

LA REINA.—(A Sor Patrocinio.) ¡Dios no puede hablar

por la boca de Paco Natillas!

SOR PATROCINIO.—¡Dios habló por boca de la burra de Balaam!

LA REINA.—(*Achicada.*) ¡Jesús!

CAMPOVERDE.—El cuartel de San Gil se ha quedado hecho un colador de tanto cañonazo...

TENORIO.—Dicen que en Santo Domingo no se ve el suelo de tanto muerto y tanta sangre...

MENESES.—Hay muertos en todas partes, en los sitios más raros...

OROVIO.—Los hay enganchados en las rejas, abrazados a las farolas, enjaulados en los balcones...

PADRE CLARET.—Toda esta sangre, y la que venga, va sobre la conciencia de los demócratas, si es que la tienen... ¡Y presumen de ser un partido humanitario!

CORO DE CONTERTULIOS.—¡Sí, humanitarios! ¡Esas bestias sanguinarias! ¡Dios mío, lo que hay que oír!

EL REY.—¡Ay, vámonos de aquí, que esto está muy oscuro!

PADRE CLARET.—Sí, salgan vuestras Majestades a tomar un cordial, que hay que reconfortarse con algún reparo. Los duelos con pan son menos. Yo me quedaré haciendo oración. (*Coge a la Reina postrada como un muñeco y le da la vuelta, poniéndola sentada en el reclinatorio.*) Llévense a la Señora y a la Seráfica Madre y distráiganlas, denles conversación, chinchón y chocolate.

SOR PATROCINIO.—(*A la*

Reina.) Sí, mejor que nos dejen a solas. Tenemos que mirar por las cosas del reino.

LA REINA.—(*A Sor Patrocinio.*) ¡Que no me falten tus luces celestiales, Patrocinio! ¡Por Dios, que no me falten!

PADRE CLARET.—¡Pedid todos a Dios por que perdona a España! ¡Que perdona los pecados de esta pobre Nación!

(*Los contertulios han cogido y levantado en alto los reclinatorios de las dos postradas con la Monja genuflexa y la Reina sedente transformadas en muñecos, y desfilan con ellas en procesión, saliendo poco a poco.*)

CORO DE CONTERTULIOS.—(*Cantando.*)

Perdona a tu pueblo, Señor. Perdona a tu pueblo...

(*Siguen cantando. Desaparecen. El Padre Claret se vuelve a Sor Patrocinio y la Reina, inclinándose, mientras el canto se aleja.*)

PADRE CLARET.—Majestad...

LA REINA.—Acérquese vuestra Ilustrísima... O mejor, ven, Antonio María... Ahora no llamo al confesor, sino al amigo...

SOR PATROCINIO.—Al fiel consejero...

PADRE CLARET.—(*Cazurro, aproximándose.*) Al amigo, al amigo..., al amigo de corazón. Yo soy catalán, Señora, y en mi tierra, los amigos son como hermanos...

LA REINA.—Lo sé, lo sé... Buena tierra Cataluña...

PADRE CLARET.—¡La mejor! ¡No hay otra!

LA REINA.—Bueno, hom-

bre, bueno, de acuerdo. Pues al amigo fraterno nacido en tierra tan excelente, yo le quería preguntar qué le ha parecido este fregado...

PADRE CLARET.—¡Ha sido una lección de Dios, Majestad! ¡Una lección que hay que aprender, para que no se repita!

SOR PATROCINIO.—¡Una lección, y tal vez un castigo!

LA REINA.—¿Se hubiera evitado esto con dos o tres progresistas de orden en el Gabinete?

SOR PATROCINIO.—¡Jesús Crucificado!

PADRE CLARET.—(*Severo.*) ¿Vuestra Majestad habla en serio o en broma? Lo digo porque como es así, un poquito chocarrera...

LA REINA.—Era sólo una pregunta, ¿no?

PADRE CLARET.—¡Hay cosas que no se preguntan, Señora!

SOR PATROCINIO.—(*Cayendo de rodillas, como tras pasada por invisible venablo.*) ¡Cristo mío y Dios mío, ten piedad de nosotros! ¡Ten piedad!

LA REINA.—(*Abrazándola.*) ¡Patrocinio, no te pongas así! ¡Patrocinio, mujer, que te quiero mucho!

PADRE CLARET.—¡Pues no se nota! ¡No se nota, porque la está matando! ¡Matando a una Santa, como un emperador romano!

SOR PATROCINIO.—(*Extática.*) ¡Aaaay!... ¡Aaaah!...

LA REINA.—(*Asustada.*) ¡Ay, Dios mío, qué he hecho yo! ¡Pero es que no se va a poder ni hablar!

PADRE CLARET.—(Iracundo.) ¡Ciertas cosas, no!

SOR PATROCINIO.—(En éxtasis, aterrada.) ¡O'Donnell! ¡O'Donnell es Satanás! ¡O'Donnell es el malo!

LA REINA.—¿O'Donnell? ¡Pero si O'Donnell es un buen hombre!

SOR PATROCINIO.—¡Aaaayyy...! (Se retuerce, y la Reina la sostiene para que no caiga del todo.)

PADRE CLARET.—¡O'Donnell desamortizó! ¿Sí o no? ¡O'Donnell reconoció al impío reino de Italia! ¿Sí o no?

SOR PATROCINIO.—(Acariciando las manos de la Reina y reanimándose.) Ya mi Reina queridísima la ha dejado sola, a merced de las turbas criminales... ¿Qué hubiera sido de España sin su Reina?

LA REINA.—(Se decide.) Voy a decir que se extienda el Real Decreto.

PADRE CLARET.—¡Dios bendiga a Vuestra Majestad!

SOR PATROCINIO.—(Se levanta.) Espere, mi Señora. No hay que tener prisa...

PADRE CLARET.—¡No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy!

SOR PATROCINIO.—(Doctoral.) Debe fregar los platos aquel que los ha ensuciado..., lo dijo Nuestro Señor en las bodas de Caná. Si hay que castigar, y castigar severamente, mejor que sea O'Donnell quien lo haga. Y después se le da el cese.

PADRE CLARET.—(Besando las manos de Sor Patrocinio.) ¡Cómo se nota la intimidad con Dios! ¡Cómo se nota!

LA REINA.—Patrocinio, gracias a que estoy a tu lado.

PADRE CLARET.—Arri-mate a los buenos y serás uno de ellos.

LA REINA.—Y los buenos sois vosotros. ¡Dios me ha dado una ayuda muy grande!

SOR PATROCINIO.—Ahi vienen las botas de O'Donnell.

(Entra O'Donnell y hace su reverencia.)

O'DONNELL.—Majestad...

LA REINA.—Pasa, Leopoldo... ¿Cómo está Madrid?

O'DONNELL.—Como una balsa de aceite, Señora... Me complace comunicar a Vuestra Majestad que el orden ha sido restablecido.

LA REINA.—¡A buenas horas lo dices! Hace tiempo que lo sé por Serrano.

O'DONNELL.—Naturalmente Señora. Le mandé yo.

LA REINA.—¿Y qué has hecho hasta ahora, si se puede saber?

O'DONNELL.—Establecer retenes en las calles para evitar que se reproduzcan los disturbios y organizar la recogida de cadáveres.

(Señala al fondo, que se ilumina o tal vez se abre un telón, mostrando a la Muerte que se afana con diligencia recogiendo muertos y apilándolos pulcramente en un céntrico y cuidado montón. Los muertos tienen uniformes militares o pantalón y camisa indistintamente, y están bien embadurnados de tomate. Tal vez gran parte de ellos puedan ser muñecos.)

LA REINA.—(Contemplando el panorama.) ¡Muy bonito! ¡Estarás satisfecho!...

O'DONNELL.—No creo ser yo el culpable, Majestad...

LA REINA.—Entonces, ¿quién es? (O'Donnell mira a Sor Patrocinio y Claret, y se calla.) ¿No lo dices? (Silencio.)

(La Muerte ha terminado de hacer la pirámide de difuntos. De detrás del montón, donde estaba oculto, saca un trono, que coloca en el vértice o cima del montón. Extrae un plumero de su sudario y lo pasa delicadamente por el trono. Luego, junto a él, se dirige a los circunstantes, echando su coplilla.)

LA MUERTE.—(Canta, melódica al principio y rítmica al final.)

Soy una antigua cortesana,
sirvo a mi Reina y a mi Rey.
Yo sirvo siempre a los que mandan.

¡Soy una amante del poder!
¡Du-du-duá!

LA REINA.—(A la Muerte.) ¡Anda, cállate, que me das miedo!

LA MUERTE.—(Compungida.) ¡Ay, Señora, pobre de mí!

PADRE CLARET.—No la trate mal Vuestra Majestad, que es una auxiliar muy eficiente...

SOR PATROCINIO.—¡Un regalo de Dios!

LA MUERTE.—¡Una es una pobre criada sin cultura, pero hace lo que puede!

LA REINA.—También te llevas a los de arriba, que lo he visto en Durero...

LA MUERTE.—¡Ah, pero eso era antes! ¡Huy, Durero!... ¡Lo de la Danza de la Muerte y todo aquello!... Es que yo era una moza, ¿sabe? Y claro... Pero una ya tiene conocimiento y comprende que con los de arriba no hay que meterse... ¡A esos no hay quien se los lleve, no, Señora!... ¡Ni yo, ni nadie!... ¡A mí la democracia no me va, no!... Lo mío es la autoridad y el orden, eso sí: ¡Ahi estoy en mi elemento!

SOR PATROCINIO.—(A la Muerte.) Pues quédate en España, hija, que ésta es muy buena casa...

PADRE CLARET.—¡La mejor! ¡No hay otra!

(Mientras se dan las dos últimas réplicas, O'Donnell ha ofrecido el brazo a la Reina y la conduce hacia el montón de los interfectos. Al llegar a él, la Reina titubea.)

LA REINA.—*(Melindrosa.)* ¡Ay! ¡Me da no sé qué pisar encima!

LA MUERTE.—¡Pise, pise sin miedo Vuestra Majestad! ¡No se le van a mover, no, que los he colocado muy bien!

LA REINA.—No, si es por respeto...

LA MUERTE.—¡Qué tonteería! ¡Pero si están encantados! *(A los muertos.)* ¿A que os gusta que os pise la Reina, picarones?

CORO DE LOS MUERTOS.—¡Huy, que si nos gusta! ¡Como que somos la base y fundamento de la Nación! ¡La Patria misma!

LA MUERTE.—*(A la Reina.)* Señora, no lo digo yo, lo dijo el glorioso Lamartine: «¡C'est la cendre des morts qui crée la patrie!»

LA REINA.—*(A O'Donnell.)* Vamos allá, Leopoldo. *(Sube la escalera de muertos del brazo de O'Donnell. Tras ellos lo hacen Sor Patrocínio y Claret. La Reina se sienta en el trono y la monja y el confesor se colocan de pie, detrás de ella.)* ¿Estará esto bien seguro?

LA MUERTE.—¡Segurísimo, Majestad! ¡El mejor cimientito!

CORO DE LOS MUERTOS.—*(Cantan.)*

Somos la fértil tierra,
sostén de la Nación.
El mejor argumento
contra la oposición.
Cambiar nuestro sistema

sería traicionar
a los gloriosos muertos
que están en el altar.

LA REINA.—¡En fin, ya parece que las cosas vuelven a su cauce! Gracias, Leopoldo...

O'DONNELL.—¿Vuestra Majestad tiene órdenes que darme?

LA REINA.—Es triste, pero habrá que castigar... ¿Se han hecho prisioneros en el cuartel de San Gil?

O'DONNELL.—Sí, Señora. Se les juzgará en Consejo de Guerra, y habrá deportaciones a Filipinas o Fernando Poo...

SOR PATROCINIO.—*(A la reina, apretándole un hombro.)* Pero ¿a qué llama castigar ese hombre?

PADRE CLARET.—*(Lo mismo.)* ¡Penas de muerte! ¡Ejecuciones!

LA REINA.—*(Tragando saliva.)* O'Donnell, esto ha sido muy grave... se necesita un escarmiento...

O'DONNELL.—¿A qué clase de escarmiento se refiere Vuestra Majestad?

PADRE CLARET.—*(Viendo que la Reina vacila.)* ¡Adelante, Señora!

SOR PATROCINIO.—¡Valor, cordera mía!

LA REINA.—Habrá que... fusilar a algunos...

PADRE CLARET.—¡A todos!

SOR PATROCINIO.—¡A todos, Reina mía, a todos!

LA REINA.—A... a algunos...

O'DONNELL.—¿A cuántos, Señora?

LA REINA.—¡Y yo qué sé! ¿Para qué estás tú?

O'DONNELL.—¿Cincuenta? ¿Sesenta?

LA REINA.—¡Te digo que no lo sé! ¡Si, una cosa así! ¡Y estoy enfadada contigo!

O'DONNELL.—¿Enfadada, Señora? ¿Puedo saber el motivo?

LA REINA.—¡No, no lo puedes saber! ¡Vete, y llama a Narváez, tengo que hablarle! ¡Adiós!

LA MUERTE.—Con permiso, yo me voy con este señor, que parece que tiene faena.

(Ha doblado el espinazo O'Donnell en silenciosa reverencia y sale al oscuro lateral, donde un foco ilumina su encuentro con Narváez. La recíproca inclinación de cabeza de ambos milites esquematiza el recado. O'Donnell se pierde en las tinieblas, seguido por la Muerte, y don Ramón María de Narváez sale a la luz, con su perilla y sus bigotes. El brazo en cabestrillo le impide sujetar el sable, que arrastra por los suelos.)

LA REINA.—Pasa, pasa, Narváez, te estaba esperando.

NARVAEZ.—*(Reverencia.)* Señora...

LA REINA.—Acércate, no gastes cumplidos. Tú y yo somos amigos de antiguo...

NARVAEZ.—Vuestra Majestad me ha honrado de muchas y señaladas maneras.

LA REINA.—¡Qué palaciego estás! Ven aquí, a mi lado... ¿Cómo está esa herida?

NARVAEZ.—No ha sido nada, Señora. Un rasponazo de esos belitres.

LA REINA.—Has derramado tu sangre en mi defensa, y

quien estaba más obligado que tú no ha recibido un rasguño.

NARVAEZ.—Señora, yo estaba junto a O'Donnell cuando me hirieron, lo mismo le pudieron dar a él...

LA REINA.—¡Eres muy modesto! Yo con O'Donnell estoy muy enfadada, ya se lo he dicho.

NARVAEZ.—Ha sofocado la revuelta con mucha competencia.

LA REINA.—¿Lo hubieras hecho tú peor?

NARVAEZ.—También yo soy perro viejo, Señora...

LA REINA.—Tú no hubieras dado lugar a ella.

SOR PATROCINIO.—Cuando el señor Narváez gobierna, España está mansa como una ovejita del Señor...

PADRE CLARET.—¡Porque sabe regir con puño de hierro, para que los díscolos no levanten cabeza!

NARVAEZ.—(Modesto.) Los conozco, y sé dónde les aprieta el zapato...

LA REINA.—Narváez, vas a tener que formar otra vez Gobierno...

NARVAEZ.—(Radiante.) Yo ya estoy viejo, Señora...

LA REINA.—No te irás a hacer de rogar, ¿verdad? España te necesita y yo te lo pido.

NARVAEZ.—De mi tumba saldría yo a cumplir una orden de Vuestra Majestad.

SOR PATROCINIO.—¡Así habla un caballero español!

PADRE CLARET.—¡Usted sí

que es un hombre de verdad, mi general!

LA REINA.—Ve preparando la lista de ministros. A O'Donnell le daré el cese cuando se hayan cumplido las sentencias de los Consejos de Guerra.

NARVAEZ.—Me imagino que Vuestra Majestad querrá un Gobierno fuerte...

LA REINA.—¡Lo más fuerte posible!

SOR PATROCINIO.—¡Fortísimo!

PADRE CLARET.—¡Berroqueño!

NARVAEZ.—En Gobernación, González Bravo... Es un sirvengüenza, pero listo, y tiene la mano más pesada de España... Ya iré pensando en los otros...

LA REINA.—Sí, piénsalos. Y tu línea política, clarita: orden público a rajatabla. No quiero más revueltas democráticas.

NARVAEZ.—No se preocupe Vuestra Majestad. Conozco a esos pollos, y los tendré con la cabeza bajo el ala.

LA REINA.—Amordaza un poquito a la prensa también, que está muy suelta.

SOR PATROCINIO.—¡Y recorte, recorte esas mal llamadas libertades!

PADRE CLARET.—¡Las garantías constitucionales, cuanto más tiempo estén suspendidas, mejor!

NARVAEZ.—Ya, ya. ¡Qué me va a decir a mí! El país necesita un poco de palo y hay que dárselo. ¡Pues a dárselo!

UNA VOZ.—¡Preparen! ¡Armas!... ¡Apunten! ¡Armas!... ¡Fuego!

(Se oye una descarga. Colgado de una cuerda horizontal por las muñecas, entra en escena el cuerpo de un sargento fusilado. Pantalón de uniforme y camisa. Cabeza y pecho pringando tomate. Puede ser un muñeco. Queda detenido en las cercanías del trono. Las voces y ruidos de fusilamientos se van sucediendo ininterrumpidamente a lo largo de la escena. Los cuerpos colgantes van formando un racimo alrededor del trono.)

NARVAEZ.—¡Vaya, ya están pasando por las armas a los sargentos de San Gil!

LA REINA.—¿Y no los podían fusilar un poco más lejos? ¡Porque no nos dejan entendernos!

NARVAEZ.—Los están fusilando en la tapia del Retiro, Majestad

SOR PATROCINIO.—Es cuestión de alzar un poquito la voz, bendito sea Dios.

LA REINA.—¿Y los peces gordos? Castelar, Pi y Margall, Manuel Becerra, Martos, Rivero... Se habrán escapado, claro...

NARVAEZ.—Las Embajadas extranjeras los han sacado del país, seguro.

LA REINA.—Y no me extrañaría que el propio O'Donnell les haya ayudado.

SOR PATROCINIO.—¡A unos condenados a muerte!

PADRE CLARET.—¡Es una gran lástima! ¡Castelar, con cuatro balazos en la boca, estaría pero que muy bien!

LA REINA.—¡Me está volviendo loca el ruido de esas descargas!

SOR PATROCINIO.—¡Jesús, qué delicadeza!

PADRE CLARET.—¡Animo, Majestad, que eso no es nada! ¡Que se va a reír este valiente general!

NARVAEZ.—No hay que preocuparse. ¡Son achaques de política interior!

LA REINA.—¿Cuántas ejecuciones son en total?

NARVAEZ.—Creo que sesenta y seis.

LA REINA.—¡Madre mía, sesenta y seis! ¡Me muero antes!

SOR PATROCINIO.—¡Valor, corderita mía! Cuando el señor Narváez gobierne no habrá revueltas, así que tampoco habrá ejecuciones.

NARVAEZ.—Mis ejecuciones tendrán carácter preventivo.

PADRE CLARET.—¡Más vale prevenir que curar!

LA REINA.—Cuando esto termine, te nombro presidente del Consejo. Prepara la lista, Ramón, y tráemela pronto.

NARVAEZ.—La prepararé sobre la marcha. Y si Vuestra Majestad lo permite, quisiera presentarle a un sobrino mío, que es un pollo con mucho pesquis y muy interesado en servir a su Reina. ¡Un fenómeno!

LA REINA.—Me lo traes cuando quieras. ¿Cómo se llama ese portento?

NARVAEZ.—Carlos Marfori. Aunque me esté mal el decirlo, es el más guapo del pueblo.

LA REINA.—Pues lo dicho: te lo traes, y a ver si se parece a su tío y llega por lo menos a ministro.

SOR PATROCINIO.—Si es

temeroso de Dios y no se deja engañar por el progresismo y la democracia, llegará.

LA REINA.—¡Qué horror, Narváez! ¡Pensar que ha llamado a nuestras puertas el fantasma de la democracia!

NARVAEZ.—Deje de mi cuenta a ese fantasma, que le va a arder el pelo.

PADRE CLARET.—Así, así! ¡Mano dura, amigo mío! ¡Mano dura!

SOR PATROCINIO.—¡Qué hermosa misión la suya, señor Narváez! ¡Conservar a España para el Señor!

NARVAEZ.—La conservaremos, Reverenda Madre. No pase cuidado.

LA REINA.—¡Ay, Ramón, cuánto me consuela tu seguridad, da gusto cómo te expresas! ¡Tengo una gran fe! Con los cuatro juntos como ahora, irá España como una seda...

PADRE CLARET.—(Apostilla.) ¡Irá España sobre ruedas!

SOR PATROCINIO.—¡Sobre alas! ¡Hacia Dios!

LA REINA.—¡Hacia el Cielo!

NARVAEZ.—¡Amén!

(Han continuado llegando cuerpos pendentés en torno al trono, hasta ocultar a quienes se hallaban a su alrededor. Decece la luz, dejando visible únicamente la silueta del racimo de muertos. Termina la sucesión de ejecuciones. En una esquina, un foco ilumina a Perico el Ciego, con la guitarra en bandolera, sentado en el suelo y la gorra extendida. Cruza ante él O'Donnell, con capote de viaje y una maleta en la mano.)

PERICO EL CIEGO.—¡Caballero, una limosnita, por el

amor de Dios, para el pobre ciego!

O'DONNELL.—(Examinándole.) Pero ¿tú no eres Perico?

PERICO EL CIEGO.—(Asustado.) ¡Yo no he hecho nada! ¡Pedir limosna no es delito!...

O'DONNELL.—No te asustes, no soy ningún policía. ¿Es que no te suena mi voz?

PERICO EL CIEGO.—¡Vaya por Dios!

O'DONNELL.—Ya sabes que me han echado...

PERICO EL CIEGO.—Lo he sentido mucho, don Leopoldo...

O'DONNELL.—Me han hecho bañarme en sangre y después me han despedido como a una criada.

PERICO EL CIEGO.—Con la diferencia de que una criada despedida no suele estar bañada en sangre..., vamos, no es frecuente...

O'DONNELL.—No, claro... Bueno, aquí me tienes. Ahora soy un particular, como tú.

PERICO EL CIEGO.—¡Hombre, tanto como yo!... ¿Y qué va a hacer usted ahora? ¿Conspirar con Prim?

O'DONNELL.—No, nada de historias, ya estoy harto... Me voy al extranjero, y nada más.

PERICO EL CIEGO.—Pero al extranjero, ¿A dónde?

O'DONNELL.—A Biarritz. A no hacer nada y hartarme de ostras.

PERICO EL CIEGO.—¡Joder! ¡Y decía que ahora es como yo!

O'DONNELL.—¡Hombre, cada uno en su esfera!...

PERICO EL CIEGO.—¡Ahí,

ahí está la madre del cordero!
Cada uno en su esfera...

O'DONNELL.—En fin, yo me voy con la conciencia tranquila...

PERICO EL CIEGO.—Con la conciencia, ¿qué? ¡Oiga, que eso ya es mucha tela!... ¿después de esta escabechina?

O'DONNELL.—No la hice por gusto, ¿sabes? ¡La decisión salió de la camarilla, y yo evité lo que pude!

PERICO EL CIEGO.—Se pringó por seguir en el machito, y cuando estuvo bien pringado le dieron la patada. ¡Está usted bueno!

O'DONNELL.—Pues nada, hijo, ahí os quedáis con el Espadón, a ver si es mejor que yo. ¡Y que os aproveche!

PERICO EL CIEGO.—No se enfade, don Leopoldo, pero la verdad es que la diferencia no es mucha.

O'DONNELL.—¿Ah, no? Pues para ti sí lo es. ¿O es que ahora sigues cantando?

PERICO EL CIEGO.—Claro que no, no tengo gana de que me maten de una paliza.

O'DONNELL.—¡Ah, vamos!

PERICO EL CIEGO.—Pero es que mi caso es muy particular. Al fin y al cabo yo soy un intelectual...

O'DONNELL.—¡Ay, es verdad! ¡Perdona, hombre, perdona!

PERICO EL CIEGO.—Insisto en que para la plebe indocta y famélica, tanto da don Leopoldo o don Ramón.

O'DONNELL.—Eso ya lo veremos.

PERICO EL CIEGO.—Está visto.

O'DONNELL.—Está bien, Perico, no quiero reñir contigo. Cántame la última copla, que me voy.

PERICO EL CIEGO.—¿Todavía tiene gana de coplas? ¡Pero si la última copla se la han cantado en palacio!

O'DONNELL.—Quiero que la última sea la tuya. Anda, hombre, dame ese gusto.

PERICO EL CIEGO.—(Preparando la guitarra.) Mire que no le va a gustar...

O'DONNELL.—Venga, no te hagas de rogar.

PERICO EL CIEGO.—Bueno, pues ahí va. (Canta.)

Con esta fecha dispongo que cese en todos sus cargos, quedándole agradecido por los servicios prestados.

O'DONNELL.—¡Hombre, Perico! ¡Eso es lo que me ha dicho la Reina!

PERICO EL CIEGO.—Pues lo mismo le digo yo, don Leopoldo...

O'DONNELL.—(Agarra su maleta.) Como gustes. Ahí te quedas, y que Narvárez te sea leve.

PERICO EL CIEGO.—¿Se va a ir sin darme una limosna?

O'DONNELL.—Vaya, para que veas que soy un amigo, te voy a dar dos pesetas.

PERICO EL CIEGO.—Buenas son.

O'DONNELL.—Mejor dicho, te voy a dar una. Total, te lo vas a gastar en vino...

PERICO EL CIEGO.—¡Hombre, deme las dos, ya que lo ha dicho!

O'DONNELL.—Nada, nada. Una, y gracias. Ahí la tienes.

PERICO EL CIEGO.—(Tomándola.) ¡Cutre!

O'DONNELL.—Adiós, Perico. (Se aleja, maleta en mano.)

PERICO EL CIEGO.—¡Adiós, don Leopoldo! ¡Y cuidado con las ostras, que son muy indigestas!

O'DONNELL.—Ya lo sé, no te preocupes.

PERICO EL CIEGO.—¡Si no me preocupo!

O'DONNELL.—(Desapareciendo.) ¡A pasarlo bien!

PERICO EL CIEGO.—(Socarrón.) ¡Lo pasaremos como podamos, por no variar! (Entre dientes.) ¡Anda con Dios y no vuelvas!... (Cabizbajo, rasgueando la guitarra con suavidad.) Este es el que daba libertad al pueblo... Se sacaba una poquita del bolsillo, y se la daba: toma, para ti, pero a ver en qué te las gastas. ¡Gracias, don Leopoldo, qué bueno es usted! (Rasguea fuerte. Canta.)

**Te regalaban lo tuyo,
y encima con cuentagotas,
haciéndose el generoso,
para ver si no lo notas.**

(Con rasgueo más suave y voz más baja.)

**La miseria que te daban
era dilapidación,
y se ahorran la limosna
gobernando el Espadón.**

(Más bajo aún. La luz del foco se va apagando poco a poco.)

ahora el que canta es ahorcado.

**Den algo por caridad,
a un ciego, mudo y castrado
que no lo puede ganar.**

(Oscuro total.)

FIN